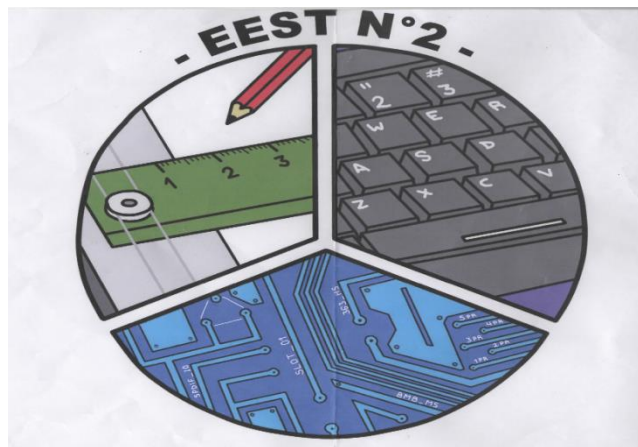


ANTOLOGIA

Lectura obligatoria

(NO ES OBLIGATORIA LA IMPRESION DE ESTE MATERIAL)



Las y los docentes de la EEST N° 2 creemos firmemente en que la lectura es un hábito que debe ir fomentándose y ejercitándose hasta que finalmente encontramos los temas que nos gustan leer y lo hacemos por puro placer. Por eso, con esta antología buscamos que ya desde tu ingreso a la escuela empieces a armar tu camino como lector/ra.

¡¡Que disfrutes de la lectura!!

Textos: La Abeja Haragana (Quiroga)

Cordero asado (Roald Dahl)

El principito (Saint-Exupéry)

LA ABEJA HARAGANA

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder¹ de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

1 **Proceder:** conducta.

proceder
atras
parece
incógn
dienta
tábol

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano² como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

2 En vano: inútilmente.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso agarrarse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido³ por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, al mismo tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

E intentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

3 **Entumecido:** entorpecido, acalambrado.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero: cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color amarillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abejita—. No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.⁴

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero esta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rio la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

4 **Aprontarse:** prepararse prontamente para algo.

prodi
atras
parece
inerte
dienta
tárola

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y las llaman “trompitos de eucalipto”.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Y cuando este trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—.
¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

Car re-
nos, los
a ame
Tanta bá-
de Coda
Toda la
mañando



—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búscueme por todas partes; ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno..., dos..., tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin la culebra—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abeja, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraron, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arriadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río.

Además hacía mucho frío, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante

la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en apenas una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

”Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.”





Referentes...

CORDERO ASADO

Roald Dahl

La habitación estaba limpia y acogedora, las cortinas corridas, las dos lámparas de mesa encendidas, la suya y la de la silla vacía, frente a ella. Detrás, en el aparador, dos vasos altos de Whiskey. Cubos de hielo en un recipiente.

Mary Maloney estaba esperando a que su marido volviera del trabajo.

De vez en cuando echaba una mirada al reloj, pero sin preocupación, simplemente para complacerse de que cada minuto que pasaba acercaba el momento de su llegada. Tenía un aire sonriente y optimista. Su cabeza se inclinaba hacia la costura con entera tranquilidad. Su piel —estaba en el sexto mes del embarazo— había adquirido un maravilloso brillo, los labios suaves y los ojos, de mirada serena, parecían más grandes y oscuros que antes.

Cuando el reloj marcaba las cinco menos diez, empezó a escuchar, y pocos minutos más tarde, puntual como siempre, oyó rodar los neumáticos sobre la grava y cerrarse la puerta del coche, los pasos que se acercaban, la llave dando vueltas en la cerradura.

Dejó a un lado la costura, se levantó y fue a su encuentro para darle un beso en cuanto entrara.

—¡Hola, querido! —dijo ella.

—¡Hola! —contestó él.

Ella le colgó el abrigo en el armario. Luego volvió y preparó las bebidas, una fuerte para él y otra más floja para ella; después se sentó de nuevo con la costura y su marido enfrente con el alto vaso de whisky entre las manos, moviéndolo de tal forma que los cubitos de hielo golpeaban contra las paredes del vaso. Para ella ésta era una hora maravillosa del día. Sabía que su esposo no quería hablar mucho antes de terminar la primera bebida, y a ella, por su parte, le gustaba sentarse silenciosamente, disfrutando de su compañía después de tantas horas de soledad. Le gustaba vivir con este hombre y sentir —como siente un bañista al calor del sol— la influencia que él irradiaba sobre ella cuando estaban juntos y solos. Le gustaba su manera de sentarse descuidadamente en una silla, su manera de abrir la puerta o de andar por la habitación a grandes zancadas. Le gustaba esa intensa mirada de sus ojos al fijarse en ella y la forma graciosa de su boca, especialmente cuando el cansancio no le dejaba hablar, hasta que el primer vaso de Whiskey le reanimaba un poco.

—¿Cansado, querido?

—Sí —respondió él—, estoy cansado.

Mientras hablaba, hizo una cosa extraña. Levantó el vaso y bebió su contenido de una sola vez, aunque el vaso estaba a medio llenar. Ella no lo vio, pero lo intuyó al oír el ruido que hacían los cubitos de hielo al volver a dejar él su vaso sobre la mesa. Luego se levantó lentamente para servirse otro vaso.

—Yo te lo serviré —dijo ella, levantándose.

—Siéntate —dijo él secamente.

Al volver observó que el vaso estaba medio lleno de un líquido ambarino.

—Querido, ¿quieres que te traiga las zapatillas? —Le observó mientras él bebía el whisky—. Creo que es una vergüenza para un policía que se va haciendo mayor, como tú, que le hagan andar todo el día —dijo ella.

Él no contestó; Mary Maloney inclinó la cabeza de nuevo y continuó con su costura. Cada vez que él se llevaba el vaso a los labios se oía golpear los cubitos contra el cristal.

—Querido, ¿quieres que te traiga un poco de queso? No he hecho cena porque es jueves.

—No —dijo él.

—Si estás demasiado cansado para comer fuera —continuó ella—, no es tarde para que lo digas. Hay carne y otras cosas en la nevera y te lo puedo servir aquí para que no tengas que moverte de la silla.

Sus ojos se volvieron hacia ella; Mary esperó una respuesta, una sonrisa, un signo de asentimiento al menos, pero él no hizo nada de esto.

—Bueno —agregó ella—, te sacaré queso y unas galletas.

—No quiero —dijo él.

Ella se movió impaciente en la silla, mirándole con sus grandes ojos.

—Debes cenar. Yo lo puedo preparar aquí, no me molesta hacerlo. Tengo chuletas de cerdo y cordero, lo que quieras, todo está en la nevera.

—No me apetece —dijo él.

—¡Pero querido! ¡Tienes que comer! Te lo sacaré y te lo comes, si te apetece.

Se levantó y puso la costura en la mesa, junto a la lámpara.

—Siéntate —dijo él—, siéntate sólo un momento. Desde aquel instante, ella empezó a sentirse atemorizada—. Vamos —dijo él—, siéntate.

Se sentó de nuevo en su silla, mirándole todo el tiempo con sus grandes y asombrados ojos. Él había acabado su segundo vaso y tenía los ojos bajos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello, querido? ¿Qué pasa?

Él se había quedado completamente quieto y mantenía la cabeza agachada de tal forma que la luz de la lámpara le daba en la parte alta de la cara, dejándole la barbilla y la boca en la oscuridad.

—Lo que voy a decirte te va a trastornar un poco, me temo —dijo—, pero lo he pensado bien y he decidido que lo mejor que puedo hacer es decírtelo en seguida. Espero que no me lo reproches demasiado.

Y se lo dijo. No tardó mucho, cuatro o cinco minutos como máximo. Ella no se movió en todo el tiempo, observándolo con una especie de terror mientras él se iba separando de ella más y más, a cada palabra.

—Eso es todo —añadió—, ya sé que es un mal momento para decírtelo, pero no hay otro modo de hacerlo. Naturalmente, te daré dinero y procuraré que estés bien cuidada. Pero no hay necesidad de armar un escándalo. No sería bueno para mi carrera.

Su primer impulso fue no creer una palabra de lo que él había dicho. Se le ocurrió que quizá él no había hablado, que era ella quien se lo había imaginado todo. Quizá si continuara su trabajo como si no hubiera oído nada, luego, cuando hubiera pasado algún tiempo, se encontraría con que nada había ocurrido.

—Prepararé la cena —dijo con voz ahogada.

Esta vez él no contestó.

Mary se levantó y cruzó la habitación. No sentía nada, excepto un poco de náuseas y mareo. Actuaba como un autómata. Bajó hasta la bodega, encendió la luz y metió la mano en el congelador, sacando el primer objeto que encontró. Lo sacó y lo miró. Estaba envuelto en papel, así que lo desenvolvió y lo miró de nuevo.

Era una pierna de cordero.

Muy bien, cenarían pierna de cordero. Subió con el cordero entre las manos y al entrar en el cuarto de estar encontró a su marido de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

Se detuvo.

—Por el amor de Dios —dijo él al oírla, sin volverse—, no hagas cena para mí. Voy a salir.

En aquel momento, Mary Maloney se acercó a él por detrás y sin pensarlo dos veces levantó la pierna de cordero congelada y le golpeó en la parte trasera de la cabeza tan fuerte como pudo. Fue como si le hubiera pegado con una barra de acero. Retrocedió un paso, esperando a ver qué pasaba, y lo gracioso fue que él quedó tambaleándose unos segundos antes de caer pesadamente en la alfombra.

La violencia del golpe, el ruido de la mesita al caer por haber sido empujada, la ayudaron a salir de su ensimismamiento.

Salió retrocediendo lentamente, sintiéndose fría y confusa, y se quedó por unos momentos mirando el cuerpo inmóvil de su marido, apretando entre sus dedos el ridículo pedazo de carne que había empleado para matarle.

«Bien —se dijo a sí misma—, ya lo has matado.»

Era extraordinario. Ahora lo veía claro. Empezó a pensar con rapidez. Como esposa de un detective, sabía cuál sería el castigo; de acuerdo. A ella le era indiferente. En realidad, sería un descanso. Pero, por otra parte. ¿Y el niño? ¿Qué decía la ley acerca de las asesinas que iban a tener un hijo? ¿Los mataban a los dos, madre e hijo? ¿Esperaban hasta el noveno mes? ¿Qué hacían?

Mary Maloney lo ignoraba y no estaba dispuesta a arriesgarse.

Llevó la carne a la cocina, la puso en el horno, encendió éste y la metió dentro. Luego se lavó las manos y subió a su habitación. Se sentó delante del espejo, arregló su cara, puso un poco de rojo en los labios y polvo en las mejillas. Intentó sonreír, pero le salió una mueca. Lo volvió a intentar.

—Hola, Sam —dijo en voz alta. La voz sonaba rara también—. Quiero patatas, Sam, y también una lata de guisantes.

Eso estaba mejor. La sonrisa y la voz iban mejorando. Lo ensayó varias veces. Luego bajó, cogió el abrigo y salió a la calle por la puerta trasera del jardín.

Todavía no eran las seis y diez y había luz en las tiendas de comestibles.

—Hola, Sam —dijo sonriendo ampliamente al hombre que estaba detrás del mostrador.

—¡Oh, buenas noches, señora Maloney! ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Quiero patatas, Sam, y una lata de guisantes.

El hombre se volvió de espaldas para alcanzar la lata de guisantes.

—Patrick dijo que estaba cansado y no quería cenar fuera esta noche —le dijo—. Siempre solemos salir los jueves y no tengo verduras en casa.

—¿Quiere carne, señora Maloney?

—No, tengo carne, gracias. Hay en la nevera una pierna de cordero.

—¡Oh!

—No me gusta asarlo cuando está congelado, pero voy a probar esta vez. ¿Usted cree que saldrá bien?

—Personalmente —dijo el tendero—, no creo que haya ninguna diferencia. ¿Quiere estas patatas de Idaho?

—¡Oh, sí, muy bien! Dos de esas.

—¿Nada más? —El tendero inclinó la cabeza, mirándola con simpatía—. ¿Y para después? ¿Qué le va a dar luego?

—Bueno. ¿Qué me sugiere, Sam?

El hombre echó una mirada a la tienda.

—¿Qué le parece una buena porción de pastel de queso? Sé que le gusta a Patrick.

—Magnífico —dijo ella—, le encanta.

Cuando todo estuvo empaquetado y pagado, sonrió agradablemente y dijo:

—Gracias, Sam. Buenas noches.

Ahora, se decía a sí misma al regresar, iba a reunirse con su marido, que la estaría esperando para cenar; y debía cocinar bien y hacer comida sabrosa porque su marido estaría cansado; y si cuando entrara en la casa encontraba algo raro, trágico o terrible, sería un golpe para ella y se volvería histérica de dolor y de miedo. ¿Es que no lo entienden? Ella no esperaba encontrar nada. Simplemente era la señora Maloney que volvía a casa con las verduras un jueves por la tarde para preparar la cena a su marido.

«Eso es —se dijo a sí misma—, hazlo todo bien y con naturalidad. Si se hacen las cosas de esta manera, no habrá necesidad de fingir.»

Por lo tanto, cuando entró en la cocina por la puerta trasera, iba canturreando una cancioncilla y sonriendo.

—¡Patrick! —llamó—, ¿dónde estás, querido? Puso el paquete sobre la mesa y entró en el cuarto de estar. Cuando le vio en el suelo, con las piernas dobladas y uno de los brazos debajo del cuerpo, fue un verdadero golpe para ella.

Todo su amor y su deseo por él se despertaron en aquel momento. Corrió hacia su cuerpo, se arrodilló a su lado y empezó a llorar amargamente. Fue fácil, no tuvo que fingir.

Unos minutos más tarde, se levantó y fue al teléfono. Sabía el número de la jefatura de Policía, y cuando le contestaron al otro lado del hilo, ella gritó:

—¡Pronto! ¡Vengan en seguida! ¡Patrick ha muerto!

—¿Quién habla?

—La señora Maloney, la señora de Patrick Maloney.

—¿Quiere decir que Patrick Maloney ha muerto?

—Creo que sí —gimió ella—. Está tendido en el suelo y me parece que está muerto.

—Iremos en seguida —dijo el hombre.

El coche vino rápidamente. Mary abrió la puerta a los dos policías. Los reconoció a los dos en seguida —en realidad conocía a casi todos los del distrito— y se echó en los brazos de Jack Noonan, llorando histéricamente. El la llevó con cuidado a una silla y luego fue a reunirse con el otro, que se llamaba O'Malley, el cual estaba arrodillado al lado del cuerpo inmóvil.

—¿Está muerto? —preguntó ella.

—Me temo que sí... ¿qué ha ocurrido?

Brevemente, le contó que había salido a la tienda de comestibles y al volver lo encontró tirado en el suelo. Mientras ella hablaba y lloraba, Noonan descubrió una pequeña herida de sangre cuajada en la cabeza del muerto. Se la mostró a O'Malley y éste, levantándose, fue derecho al teléfono.

Pronto llegaron otros policías. Primero un médico, después dos detectives, a uno de los cuales conocía de nombre. Más tarde, un fotógrafo de la Policía que tomó algunos planos y otro hombre encargado de las huellas dactilares. Se oían cuchicheos por la habitación donde yacía el muerto y los detectives le hicieron muchas preguntas. No obstante, siempre la trataron con amabilidad.

Volvió a contar la historia otra vez, ahora desde el principio. Cuando Patrick llegó ella estaba cosiendo, y él se sintió tan fatigado que no quiso salir a cenar. Dijo que había puesto la carne en el horno —allí estaba, asándose— y se había marchado a la tienda de comestibles a comprar verduras. De vuelta lo había encontrado tendido en el suelo.

—¿A qué tienda ha ido usted? —preguntó uno de los detectives.

Se lo dijo, y entonces el detective se volvió y musitó algo en voz baja al otro detective, que salió inmediatamente a la calle.

«..., parecía normal..., muy contenta..., quería prepararle una buena cena..., guisantes..., pastel de queso..., imposible que ella...»

Transcurrido algún tiempo el fotógrafo y el médico se marcharon y los otros dos hombres entraron y se llevaron el cuerpo en una camilla. Después se fue el hombre de las huellas dactilares. Los dos

detectives y los policías se quedaron. Fueron muy amables con ella; Jack Nooan le preguntó si no se iba a marchar a otro sitio, a casa de su hermana, quizá, o con su mujer, que cuidaría de ella y la acostaría.

—No —dijo ella.

No creía en la posibilidad de que pudiera moverse ni un solo metro en aquel momento. ¿Les importaría mucho que se quedara allí hasta que se encontrase mejor? Todavía estaba bajo los efectos de la impresión sufrida.

—Pero ¿no sería mejor que se acostara un poco? —preguntó Jack Nooan.

—No —dijo ella.

Quería estar donde estaba, en esa silla. Un poco más tarde, cuando se sintiera mejor, se levantaría.

La dejaron mientras deambulaban por la casa, cumpliendo su misión. De vez en cuando uno de los detectives le hacía una pregunta. También Jack Nooan le hablaba cuando pasaba por su lado. Su marido, le dijo, había muerto de un golpe en la cabeza con un instrumento pesado, casi seguro una barra de hierro. Ahora buscaban el arma. El asesino podía habérsela llevado consigo, pero también cabía la posibilidad de que la hubiera tirado o escondido en alguna parte.

—Es la vieja historia —dijo él—, encontraremos el arma y tendremos al criminal.

Más tarde, uno de los detectives entró y se sentó a su lado.

—¿Hay algo en la casa que pueda haber servido como arma homicida? —le preguntó—. ¿Le importaría echar una mirada a ver si falta algo, un atizador, por ejemplo, o un jarrón de metal?

—No tenemos jarrones de metal —dijo ella.

—¿Y un atizador?

—No tenemos atizador, pero puede haber algo parecido en el garaje.

La búsqueda continuó.

Ella sabía que había otros policías rodeando la casa. Fuera, oía sus pisadas en la grava y a veces veía la luz de una linterna infiltrarse por las cortinas de la ventana. Empezaba a hacerse tarde, eran cerca de las nueve en el reloj de la repisa de la chimenea. Los cuatro hombres que buscaban por las habitaciones empezaron a sentirse fatigados.

—Jack —dijo ella cuando el sargento Nooan pasó a su lado—, ¿me quiere servir una bebida?

—Sí, claro. ¿Quiere whisky?

—Sí, por favor, pero poco. Me hará sentir mejor. Le tendió el vaso.

—¿Por qué no se sirve usted otro? —dijo ella—; debe de estar muy cansado; por favor, hágalo, se ha portado muy bien conmigo.

—Bueno —contestó él—, no nos está permitido, pero puedo tomar un trago para seguir trabajando.

Uno a uno, fueron llegando los otros y bebieron whisky. Estaban un poco incómodos por la presencia de ella y trataban de consolarla con inútiles palabras.

El sargento Nooan, que rondaba por la cocina, salió y dijo:

—Oiga, señora Maloney. ¿Sabe que tiene el horno encendido y la carne dentro?

—¡Dios mío! —gritó ella—. ¡Es verdad!

—¿Quiere que vaya a apagarlo?

—¿Sería tan amable, Jack? Muchas gracias.

Cuando el sargento regresó por segunda vez lo miró con sus grandes y profundos ojos.

—Jack Nooan —dijo.

—¿Sí?

—¿Me harán un pequeño favor, usted y los otros?

—Si está en nuestras manos, señora Maloney...

—Bien —dijo ella—. Aquí están ustedes, todos buenos amigos de Patrick, tratando de encontrar al hombre que lo mató. Deben de estar hambrientos porque hace rato que ha pasado la hora de la cena, y sé que Patrick, que en gloria esté, nunca me perdonaría que estuviesen en su casa y no les ofreciera hospitalidad. ¿Por qué no se comen el cordero que está en el horno? Ya estará completamente asado.

—Ni pensarlo —dijo el sargento Noonan.

—Por favor —pidió ella—, por favor, cómanlo. Yo no voy a tocar nada de lo que había en la casa cuando él estaba aquí, pero ustedes sí pueden hacerlo. Me harían un favor si se lo comieran. Luego, pueden continuar su trabajo.

Los policías dudaron un poco, pero tenían hambre y al final decidieron ir a la cocina y cenar. La mujer se quedó dónde estaba, oyéndolos a través de la puerta entreabierta. Hablaban entre sí a pesar de tener la boca llena de comida.

—¿Quieres más, Charlie?

—No, será mejor que no lo acabemos.

—Pero ella quiere que lo acabemos, eso fue lo que dijo. Le hacemos un favor.

—Bueno, dame un poco más.

—Debe de haber sido un instrumento terrible el que han usado para matar al pobre Patrick —decía uno de ellos—, el doctor dijo que tenía el cráneo hecho trizas.

—Por eso debería ser fácil de encontrar.

—Eso es lo que a mí me parece.

—Quienquiera que lo hiciera no iba a llevar una cosa así, tan pesada, más tiempo del necesario. Uno de ellos eructó:

—Mi opinión es que tiene que estar aquí, en la casa.

—Probablemente bajo nuestras propias narices. ¿Qué piensas tú, Jack?

En la otra habitación, Mary Maloney empezó a reírse entre dientes.

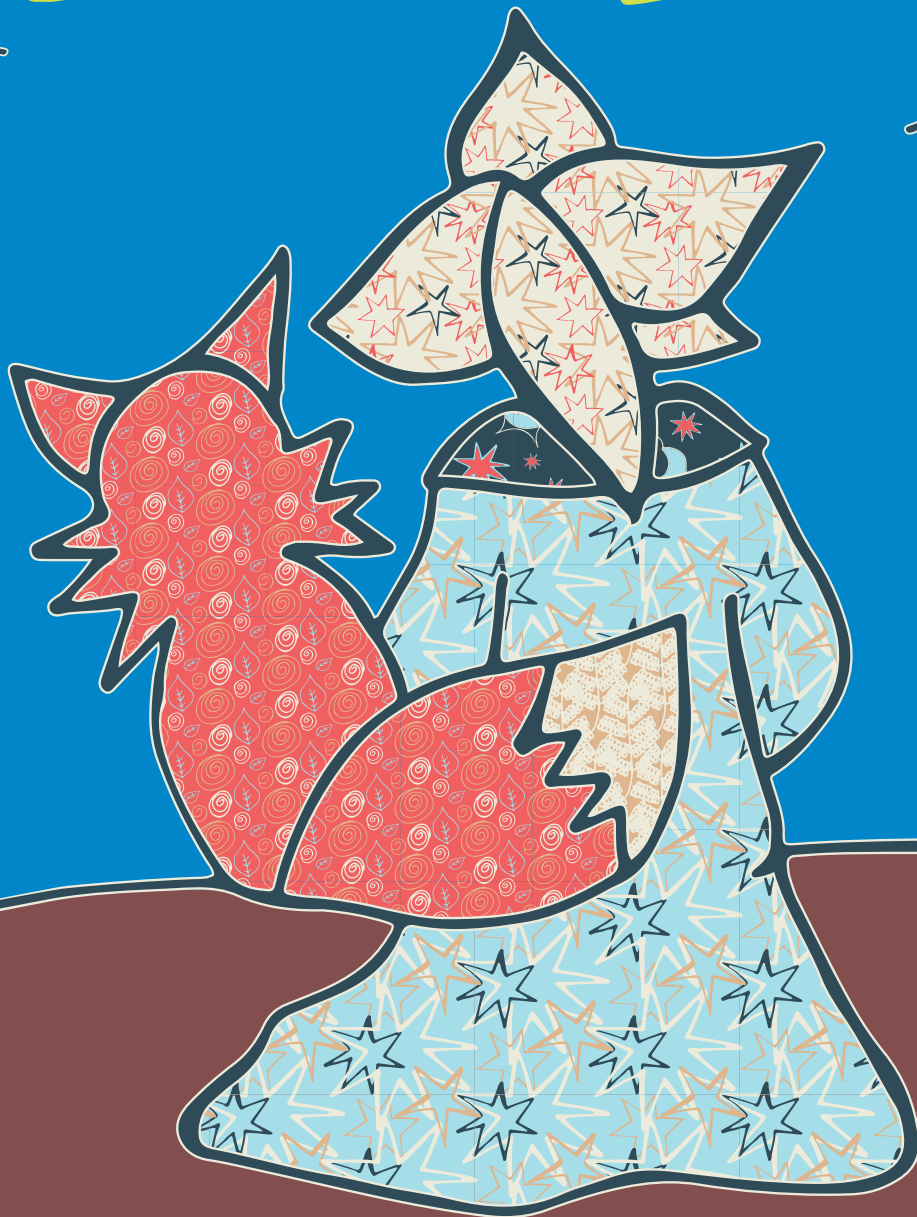
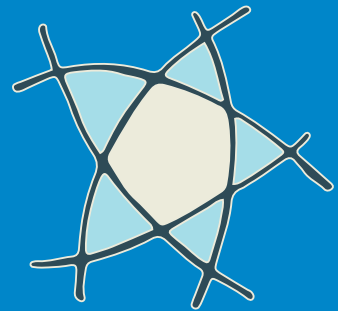
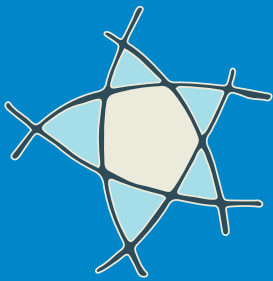


Editorial Digital ↓ Imprenta Nacional



EL

PRINCIPIO



-ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY-

843.912

S137p

Saint-Exupéry, Antoine de, 1900-1944

El principito [recurso electrónico] /

**Antoine de Saint-Exupéry -- 1a ed. -- San
José : Imprenta Nacional, 2012.**

1 recurso en línea (95p.) : pdf ; 796 Kb

ISBN 978-9977-58-350-1

1. Cuentos franceses. 2. Cuentos infantiles.

I. Título

12-66

Fuente: Bibliotecas Virtuales

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



EL PRINCIPITO
-ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY-

EDITORIAL DIGITAL
www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

EL PRINCIPITO

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

A León Werth

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona grande. Tengo una seria excusa: esta persona grande es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona grande vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueron suficientes, quiero dedicar este libro al niño que esta persona grande fue en otro tiempo. Todas las personas grandes han sido niños antes (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A León Werth

Cuando era Niño

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

I



Cuando tenía seis años, vi una vez un extraordinario dibujo en un libro que trataba sobre el Bosque Virgen, llamado “Historias Vividas”. La lámina expresaba nada menos que una serpiente boa tragándose a una fiera. Aquí tenemos la copia del dibujo.

El libro decía: “Las serpientes boas capturan a sus presas y las tragan enteras, sin masticarlas. Esto, no les permite moverse y duermen durante los seis largos meses en que transcurre la digestión.” Es entonces que pensé mucho sobre las aventuras de la selva y un buen día, tomé un lápiz de color y logré mi dibujo número 1. Era así:



Decidí mostrar mi primera obra maestra a la gente grande, y pregunté si mi dibujo les asustaba.

-”¿Por qué nos asustaría un sombrero?”,-me respondían.

Pero mi dibujo, no representaba en verdad a un sombrero. Expresaba una serpiente boa que había tragado a un elefante.

Decidí entonces dibujar el interior de la serpiente boa a fin de que los adultos comprendieran, ya que siempre necesitan explicaciones. Así quedó logrado mi dibujo número 2:



Me aconsejaron las personas grandes, que abandonara estos dibujos de serpientes boas cerradas o abiertas y me dedicara un poco más a la geografía, la historia, el cálculo y la gramática.

De este modo abandoné a la edad de seis años lo que pudo haber sido una brillante carrera de pintor. Me encontraba decepcionado a raíz del fracaso de mis dos primeros dibujos. Insisto en que las personas grandes no comprenden nada por sí mismas y es cansado para nosotros, los niños, darles siempre y siempre explicaciones.

Consideré que debía elegir otra ocupación y aprendí a pilotear aviones, volando así por innúmeros lugares del mundo. Reconozco que la geografía me sirvió de mucho. Al instante podía distinguir China de Arizona; esto es muy útil si uno llega a perderse durante la noche.

Debo decir, que así fue como a lo largo de mi vida, tomé contacto con muchísima gente seria. He vivido mucho con personas grandes, viéndolas muy de cerca. Aún así, no mejoré en demasía mi opinión acerca de los adultos.

Cuando encontraba alguna persona grande que me parecía algo lúcida, realizaba la prueba de mi dibujo número 1 que siempre he conservado y conservo aún. Me interesaba saber si verdaderamente comprendería mi dibujo. Sin embargo, siempre me respondían: “Es un sombrero”. Desde ya que no les hablaba entonces de serpientes boas, ni de bosques vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su alcance, hablándoles de bridge, de golf, de política y de corbatas. Así es como se quedaban conformes por haber conocido a un hombre tan razonable.

II

Pasaba solo mis días, sin encontrar a nadie con quien verdaderamente pudiera hablar, hasta que algo me sucedió hace ya unos seis años, en el desierto de Sahara. Mi motor sufrió una rotura. Como no contaba con mecánico ni pasajeros, no tuve otra opción que la de intentar solo una difícil reparación. Indudablemente era para mí, una cuestión de vida o muerte. El agua que tenía, sólo me alcanzaba para ocho días.

Me recosté sobre la arena, pasando así mi primer noche nada menos que a mil millas de toda región habitada. Me encontraba por cierto, más alejado que un náufrago dentro de una balsa en medio del océano. Inexplicable fue mi sorpresa, cuando al despuntar el día una extraña vocecita me decía casi suplicante:

-¡Por favor... dibújame un cordero!

-¡Eh! -exclamé.

-Dibújame un cordero...

Como atravesado por un rayo, de un salto me puse en pie, refregué mis ojos y observé con severa atención. Me encontré frente a un increíble hombrecito que me examinaba gravemente.



Es éste el retrato más acertado que tiempo más tarde logré hacer de él.

Seguramente el modelo, es mucho más encantador que mi copia. Como ya os dije, las personas grandes me han desalentado de mi carrera de pintor cuando tenía apenas seis años, habiendo sólo aprendido a dibujar las boas cerradas y las boas abiertas.

Continuaba absorto mirando aquélla aparición ya que me encontraba, como les dijera, a mil millas de toda tierra habitada. El hombrecito sin embargo, no me parecía extraviado, ni cansado, ni muerto de sed ni de hambre y menos muerto de miedo. No tenía el aspecto de un niño extraviado.

Al fin pude hablar y entonces dije:

-Pero... ¿qué haces aquí?

Suavemente pero muy serio repitió:

-Por favor... dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado grande, es imposible desobedecer. Por ridículo que me pareciera, a tantas millas de una región habitada y en peligro de muerte, tomé de mi bolsillo un papel y un lápiz. Comunicué al hombrecito, no en el mejor tono, que no sabía dibujar. Me contestó:

-No importa. Dibújame un cordero.

Nunca en mi vida había dibujado un cordero, de manera que decidí rehacer uno de los únicos dibujos que me sentía capaz de realizar. El de la boa cerrada.

Incalculable mi sorpresa, cuando oí al hombrecito responder:

-¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Las boas son sumamente peligrosas y un elefante muy embarazoso. En mi casa, todo es pequeño. Lo que necesito es un cordero. Por favor, dibújamelos.

Entonces dibujé:



El hombrecito miró con atención y luego dijo:

-No lo quiero. Este cordero está muy enfermo. Debes hacer otro.

Mientras dibujaba, mi amigo sonreía amablemente pero con cierta soberbia:

-¿Ves?... No es un cordero, más bien es un carnero. Tiene cuernos...



Hice nuevamente el dibujo, pero fue rechazado como los anteriores:



-Este es muy viejito; quiero un cordero que viva muchos años.

Ya algo impaciente y apurado por desmontar mi motor, garabateé por último este dibujo:

Le dije:



-Esta es una caja. El cordero que quieres está adentro.

Sorprendido me quedé al comprobar que el rostro de mi joven juez se iluminaba:

-¡Es exactamente como lo quería! Me pregunto si necesitará mucha hierba este cordero.

-¿Por qué?

-Porque en mi casa, todo es muy pequeño...

-Seguro que alcanzará. En verdad, te he regalado un cordero bien pequeño.

Mirando el dibujo, con la cabeza inclinada dijo:

-No tan pequeño... ¡Mira! Se ha dormido.

Así fue como conocí al principito.

III

No fue tarea fácil comprender de dónde venía. El principito me acosaba a preguntas y no parecía preocuparse demasiado por las mías. Muy lentamente y a través de algunas palabras emitidas al azar, es como pude poco a poco enterarme de todo. Al ver por primera vez mi avión (al que no dibujaré por ser algo complicado para mí), me preguntó:

-¿Qué es esta cosa?

-No se trata de una cosa. Vuela. Se llama avión. Es mi avión.

Sentí orgullo al hacerle saber que volaba. Entonces exclamó:

-Entonces ¿has caído del cielo?

-Sí -dije humildemente.

-¡Ah! ¡Qué gracioso!...

El principito soltó tal carcajada que me sentí muy irritado. No me gusta que se tomen a risa mis desgracias.

Inmediatamente agregó:

-Entonces, ¿tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres?

El misterio de su presencia quedó transformado en una luz y pregunté atropelladamente:

-¿Tú vienes de otro planeta?



Pero no me respondió. Movía la cabeza muy suavemente de un lado al otro mientras miraba mi avión:

-En esto..., no puedes haber venido de muy lejos.

Pareció haberse hundido en un ensueño que duró un largo rato. Luego, sacó el cordero del bolsillo contemplándolo ensimismado.

Imaginen ustedes, cómo pudo haberme intrigado esta media confidencia acerca de los “otros planetas”. Quise saber aún más:

-¿De dónde vienes, exactamente? ¿Y dónde queda tu casa? ¿A dónde llevarás mi cordero? -pregunté al hombrecito.

Luego de meditar silenciosamente, respondió:

-Me agrada la caja que me has regalado ya de en la noche le servirá de casa.

-Ya lo creo. Si eres amable también te daré una cuerda a fin de atarlo durante el día. Y una estaca.

Esto, no pareció conformar al principito:

-¿Atarlo? ¡Vaya idea rara!

-Piensa que si no lo atas, tomará cualquier rumbo y se perderá.

Mi amigo fue objeto de una nueva carcajada:

-¿Dime dónde crees que iría?

-A cualquier lugar. Derecho, siempre adelante...

El principito entonces exclamó severamente:

-¡Eso no interesa! ¡Mi casa es tan pequeña!

Quizá con cierta tristeza agregó:

-Derecho, siempre adelante de uno, no se puede ir muy lejos...

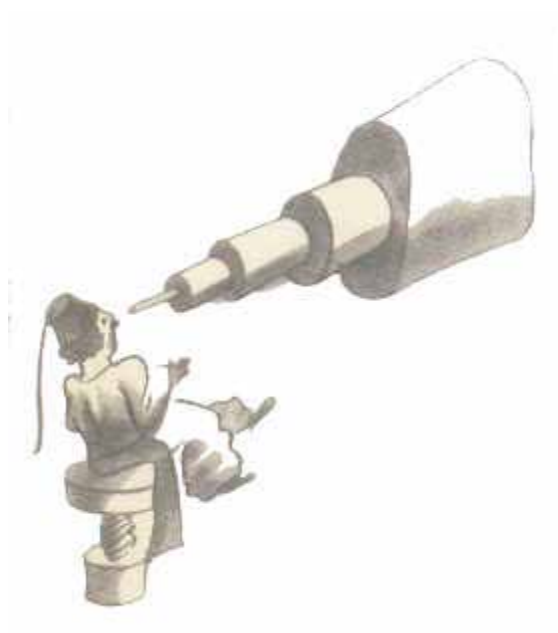
IV

Supe algo más acerca de él. ¡El planeta de donde provenía era apenas más grande que una casa!



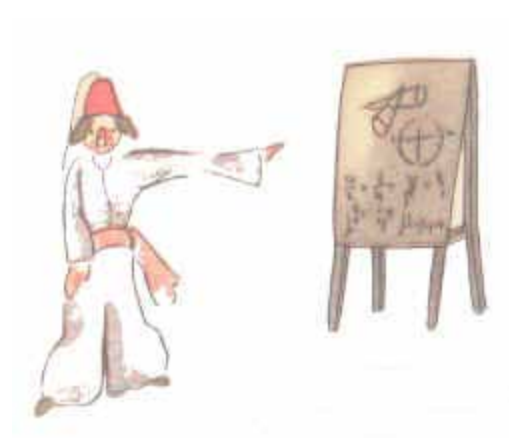
Tenía conocimiento, que fuera de los grandes planetas conocidos como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, hay centenares de planetas, muchas veces tan pequeñitos, que apenas pueden ser vistos a través de un telescopio.

Cuando un astrónomo descubre alguno, lo identifica con un número. Por ejemplo: “asteroide 3251”.



Suficientes razones tengo como para creer que el planeta de donde provenía mi amigo es el asteroide B 612. Sólo una vez ha sido visto con el telescopio, en el año 1909, por un astrónomo de origen turco.

El científico realizó la demostración de su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Su explicación no fue creíble a causa de su vestido. Así son las personas grandes.



Sin embargo, más tarde, un dictador turco obligó al pueblo bajo ley de pena de muerte, vestirse al estilo europeo. Esto ofreció nueva oportunidad al astrónomo quien en 1920 mostró por segunda vez su descubrimiento, pero en esta oportunidad, con un traje sumamente elegante. Esta vez, todo el mundo compartió su opinión.



Referí detalles del asteroide B 612 tan sólo por las personas grandes. Ellos aman los números. Cuando les comunicáis acerca de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial: “¿Cómo es el timbre de su voz? ¿Cuáles son los juegos que prefiere? ¿Colecciona mariposas?” En cambio preguntan: “¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?”. Sólo así creen conocerle.

Si contás a los adultos: “He visto una magnífica casa construida con ladrillos rojos, geranios en las ventanas y palomas en el techo...”, no podrán imaginarse la casa. En cambio si dices: “He visto una casa de cien mil francos”, exclaman: “¡Qué hermosa es!”

Si dices: “La prueba que confirma que el principito existió es que era encantador, que reía y que quería un cordero. Querer un cordero es prueba de su existencia”, se encogerán de hombros y os tratarán como se trata a un niño. En cambio si les dices: “El planeta de donde provenía es el asteroide B 612”, quedarán convencidos y no formularán más preguntas sobre esta cuestión. Son así, no hay que reprocharles. Los niñitos deben ser muy indulgentes con las personas grandes.

Los que comprendemos la vida, nos burlamos de los números. Más me hubiera gustado dar comienzo a esta historia como si se tratara de un cuento de hadas. En tal caso hubiera dicho:

“Había una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que tenía la necesidad de un amigo...” Para aquéllos que comprenden la vida les habría parecido mucho más real.

Detesto que se lea mi libro a la ligera. ¡Me entristece relatar estos recuerdos! Transcurrieron ya seis años que mi hombrecito se marchó con su cordero. Intento describirlo aquí sencillamente para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todos han tenido esta oportunidad. Podría transformarme en persona grande e interesarme sólo por las cifras. Es por ello que me he comprado una caja de lápices de colores. A mi edad, es penoso retomar el dibujo, cuando sólo se hicieron algunos esbozos de boas cerradas y abiertas a la edad de seis años. Intentaré hacer la reproducción de los dibujos, lo más parecidos posible. Dudo tener éxito pues un retrato va, y el otro no se parece más. Cometo errores en la talla. Es aquí el principito demasiado alto; allá algo pequeño. Se me desdibuja por instantes el color de su vestido. Voy ensayando de una forma u otra a fin de

lograr el retrato más próximo a él. Habrán de perdonar mis imperfecciones. Mi amigo jamás daba explicaciones. Tal vez me creía parecido a él; aunque yo lamentablemente, no poseo la cualidad de ver corderos a través de una caja. Me pareceré quizá a las personas grandes. Indudablemente, debo haber envejecido.

V

Cada nuevo día, me aportaba algún otro dato acerca del planeta, la partida, el viaje. Durante el tercer día me enteré del drama de los baobabs.

Fue gracias al cordero, pues el principito me preguntó inquieto, como invadido por una gran duda:

-¿Es cierto que los corderos comen arbustos?

-Sí, claro. Comen arbustos.

-¡Ah! ¡Qué alegría me da saberlo!

No me era posible comprender por qué era ello tan importante para el hombrecito. Pero el principito agregó:

-De modo que comen también baobabs, ¿verdad?

Recordé al principito que los baobabs no son simples arbustos, sino grandes árboles y que aún llevando consigo una tropilla de elefantes, no acabarían con un sólo baobab.

La imagen de tropa de elefantes, hizo mucha gracia al principito:

-Habría que ponerlos unos sobre otros...



Luego observó sabiamente:

-Los baobabs, antes de crecer, comienzan siendo pequeños.

-¡Claro que sí! Lo que no entiendo es ¿por qué sugieres que tus corderos coman a los pequeños baobabs?

-¡Bueno! ¡Vamos! -contestó el principito como si allí estuviese la prueba. Tuve que realizar un gran esfuerzo inteligente para acercarme por mis propios medios al problema.

Como en todo sitio, también en el planeta del principito, existían hierbas buenas y de las malas que resultaban naturalmente de semillas buenas y de malas semillas. Ocurre que las semillas son invisibles y duermen en el secreto de la tierra hasta el instante en que a una de ellas se le ocurre despertarse. Lentamente comienza a estirarse creciendo tímidamente hacia el sol. Si se trata de una planta mala, se la debe arrancar inmediatamente, en cuanto se la reconoce como tal.



Precisamente en el planeta del principito, había semillas terribles. Eran las de los famosos baobabs. Podría decirse que el suelo estaba infestado. Si un baobab no es arrancado a tiempo, ya no es posible luego. Invade y perfora con sus raíces todo el planeta, pudiendo así producirse un estallido.

“Es cuestión de disciplina”, decía el principito. “Cuando por la mañana uno termina de arreglarse, debe proceder cuidadosamente a la limpieza y orden del planeta. Hay que arrancar con regularidad a los baobabs apenas son distinguidos entre los rosales, a los que se parecen mucho cuando son muy jóvenes. El trabajo es fácil, pero muy aburrido”.

Me aconsejó un día, que intentara lograr un espléndido dibujo, para que entrara bien en las cabezas de los niños de mi tierra. “Si algún día viajan-decía- podrá serle de mucha utilidad. En algunas cosas, no es un inconveniente importante dejar el trabajo para otro momento. Pero si se trata de los baobabs, siempre es una catástrofe. Conocí en una oportunidad un perezoso habitante de un planeta que descuidó tres arbustos...”

Dibujé aquél planeta según las indicaciones del principito.



Me desagrada ser moralista; pero verdaderamente el peligro de los baobabs es poco conocido y los riesgos por quien pudiera llegar a extraviarse en algún asteroide son tan importantes, que, en una excepción que me permito, salgo de mi reserva y os digo: “¡Niños, cuidado con los baobabs!”

Trabajé largo rato sobre el dibujo, a fin de prevenir a mis amigos de semejante peligro. Quizá os preguntéis: “¿Por qué no hay en este libro, otros dibujos tan grandiosos como el de los baobabs?” La respuesta es que intenté hacerlos pero sin éxito. En cambio con los baobabs, lo que me impulsó fue sencillamente la urgencia.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

VI

De a poco fui comprendiendo tu pequeña vida melancólica. Tu mayor distracción era la suavidad de las puestas de sol. De ello me enteré en la mañana del cuarto día cuando me dijiste:

-Me gustan las puestas de sol. ¿Vamos a ver una?

-Bueno, pero debemos esperar...

-¿Esperar qué?

-Tenemos que esperar a que el sol se ponga.

Pareciste sorprendido. Luego riéndote de ti mismo me dijiste:

-¡Creo siempre estar en casa!

Se sabe que cuando es mediodía en los Estados Unidos, el sol se pone en Francia. Sólo bastaría llegar a Francia en un minuto para ver la puesta del sol. Pero desafortunadamente, esto no es posible; Francia está suficientemente lejos. Claro que, a diferencia de esto, en tu pequeño planeta bastaba sólo con mover tu silla algunos pasos, contemplando así el crepúsculo cuantas veces quisieras.



-Un día, asistí a cuarenta y tres puestas de sol.

Poco después agregaste:

-¿Sabes?... Cuando se está verdaderamente triste, son agradables las puestas de sol...

-¿Aquel día entonces, el de las cuarenta y tres veces, estabas verdaderamente triste?

El principito no respondió.

VII

Durante el quinto día y siempre gracias al cordero, me fue revelado otro secreto de la vida de mi amigo. Me preguntó bruscamente y con cierta ansiedad:

-Si un cordero come arbustos, ¿es que come también flores?

-¡Claro! Y es más, un cordero come todo lo que encuentra en a paso.

-¿Come flores con espinas?

-Sí. También las que tienen espinas.

-Pero entonces, ¿de qué sirven las espinas a la flor?

En verdad, ya no tenía respuesta para ello. Estaba además muy ocupado intentando destornillar un bulón de mi motor, que se hallaba muy ajustado. Me encontraba por cierto bastante preocupado por el estado de mi avión y el agua para beber que iba agotándose minuto a minuto; ello me hacía temer lo peor.

-¿Para qué sirven entonces las espinas?

El principito no olvidaba jamás las preguntas que formulaba. Yo, preocupado por mi bulón respondí cualquier cosa:

-Las espinas no sirven para nada, son pura maldad de las flores.

-¡Oh!

Luego de un silencio y con cierto dejo de rencor, agregó:

-¡No lo creo! Las flores son ingenuas y débiles. No tienen maldad y se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas.

Nada respondí. Me decía para mí: “Si este bulón aún resiste, lo haré saltar de un martillazo”. Interrumpiendo nuevamente mis reflexiones, el principito dijo:

-Y tú, ¿tú crees que las flores...?

-¡Pero no! ¡Yo no creo nada! Te respondí cualquier cosa. ¡Yo me ocupo de cosas serias!

Asombradísimo me observaba el principito.

-¡Cosas serias, eh! ¡Hablas como las personas grandes!

Avergonzándome aún más agregó:

-¡Todo lo confundes! ¡Mezclas todo!

Nunca lo había visto tan irritado. Sus dorados cabellos se sacudían con el viento.

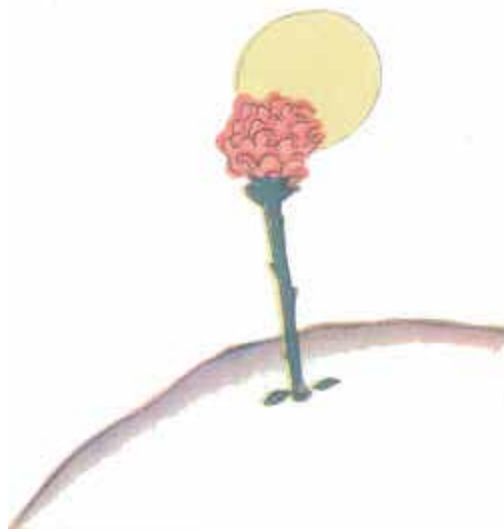
-Sé de un planeta en donde habita un Señor carmesí. Nunca ha sentido el perfume de una flor, nunca ha mirado una estrella. Tampoco ha querido a nadie. Sólo una cosa ha hecho en su vida; sumas y restas. Repite todo el día, como tú, hasta el cansancio: “¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!” Hinchándose de orgullo. ¿Sabes lo que creo? ¡Que no es un hombre, es un hongo!

-¿Un qué?

-¡Un hongo!

El principito empalidecía de cólera.

-Millones de años hace que las flores fabrican espinas, y otro tanto que los corderos se comen de todas formas las flores. ¿Acaso no es serio intentar entender por qué las flores insisten en fabricar sus espinas que no sirven nunca para nada? ¿No crees que tenga importancia la guerra entre los corderos y las flores? ¿No tiene esto más importancia que las sumas y restas de un Señor gordo y rojo? ¿Y no es también importante que la flor que yo conozco sea única en el mundo, que sólo exista en mi planeta y que un corderito pueda hacerla desaparecer de golpe, en un instante una mañana y sin darse cuenta de lo que hace? ¿Esto, no es acaso importante?



Ya enrojecido agregó:

-Si se ama a una flor de la que no existe más que un ejemplar entre millones de estrellas, es motivo suficiente para que al mirar las estrellas sea feliz. Se dice para sí: “Mi flor está allí, en alguna parte...” Pero si el corderito comiera la flor, para él es como si de pronto y al mismo tiempo, todas las estrellas se apagarán. ¿Y esto, no es importante?

Bruscamente rompió en sollozos y nada más pudo decir. Ya era noche. Abandoné mis herramientas, de las que ya no importaban ni el martillo, ni el bulón, ni la sed, ni la muerte. En la Tierra, en mi planeta, en una estrella, había un principito que necesitaba ayuda. Lo tomé entre mis brazos y lo acuné. Le dije: “La flor que tú amas no corre ningún peligro... ¿sabes por qué? Dibujaré ya mismo un bozal para tu corderito. También dibujaré una armadura para tu flor... Di...” Ya no sabía que decir. Mis palabras resonaban torpes, estaba perdido... no sabía cómo llegar a él... ¡Es soberanamente misterioso el mundo de las lágrimas...!

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

VIII

De a poco fui conociendo mejor a esa flor. El planeta del principito tenía flores simples, con una sola hilera de pétalos, no molestaban a nadie ya que apenas ocupaban lugar. Se las hallaba de pronto una mañana entre la hierba y luego por la noche, se extinguían. Pero... aquélla, de la que hablaba el principito, germinó un día de una semillita traída quién sabe de dónde y a quien el principito había vigilado muy de cerca. Podía tal vez ser un nuevo tipo de baobab. Pero al poco tiempo dejó de crecer y comenzó a transformarse en una bella flor. El principito que asistió a todos los cambios que iban produciéndose, al ver el capullo enorme, creyó que de ello iba a surgir alguna aparición milagrosa. Y, al abrigo de su cámara verde parecía no terminar nunca de preparar su embellecimiento. Elegía con sumo cuidado sus colores. Lentamente se vestía ajustando uno a uno sus pétalos. No quería nacer llena de arrugas como las amapolas. Quería aparecer con el pleno resplandor de su hermosura. Era por cierto muy coqueta. Por fin una mañana, decidió mostrarse junto con la salida del sol.



En medio de un gran bostezo, la flor que había trabajado con tanta perfección, dijo;

-¡Ah!, perdóname... Recién me despierto... Todavía estoy despeinada.

El principito en un estado de máxima admiración exclamó:

-¡Eres hermosa!

-Es cierto. He nacido al tiempo que nació el sol.

El principito notó que era muy poco modesta, pero... ¡era tan conmovedora!

-Si no me equivoco, creo que es hora de desayunar -dijo la flor-. ¿Serías tan amable de acordarte de mí?

Algo confuso, el principito tomó una regadera llena de agua fresca y sirvió a la flor.



Se mostraba ciertamente vanidosa. Un día por ejemplo, dijo al principito refiriéndose a sus cuatro espinas:

-¡Ya pueden venir los tigres con sus garras!

-Despreocúpate, en mi planeta no hay tigres, pero además, los tigres no comen hierba -argumentó el principito.

-Yo no soy una hierba -agregó con seductora suavidad la flor.

-Oh... perdóname.

-No temo a los tigres, pero... las corrientes de aire me horrorizan. ¿Tendrías un biombo para protegerme?



”Horror a las corrientes de aire... No es una suerte para una plante -pensó para sí el principito-. Esta flor es bien complicada...”

-Aquí hace mucho frío, de modo que durante la noche, me meterás bajo un globo. Veo que hay pocas comodidades. Allá, de donde vengo...

Había llegado bajo la forma de semilla, de modo que no podía conocer absolutamente nada de otros mundos. Se sentía avergonzada por haberse dejado sorprender por una mentira tan inocente, tosió dos o tres veces como para poner en falta al principito.



-Pero... ¿dónde está el biombo?

-Iba por él, pero... ¡como me estabas hablando!

La flor nuevamente forzó la tos como para afligirle aún más.

Es así como el principito comenzó a dudar de ella y se sentía muy desgraciado.

“No debí escucharla -me confesó un día-; es mejor no escuchar a las flores. Tan sólo contemplarlas y aspirar su perfume. La mía endulzaba con su aroma todo mi planeta, y aún así, yo no podía gozar de ello. Quizá la historia de las garras, que tanto me fastidiaba, debe haberme conmovido...



Me confió luego:

“No supe entonces comprender. Cometí el error de haberla enjuiciado por sus palabras y no por sus actos. Iluminaba y perfumaba todo mi planeta. ¡Jamás debí haberla abandonado! Debí haber intuido su ternura detrás de sus ingenuas astucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Y yo... demasiado joven para saber amarla.

IX

Sospecho que su partida, la realizó a través de una migración de pájaros silvestres. Antes de marcharse, ordenó detalladamente su planeta. Deshollinó los volcanes en actividad con sumo cuidado, eran dos y el principito los utilizaba diariamente para calentar su desayuno. Había un tercer volcán, pero en estado de extinción. Sin embargo, como decía mi amigo: “¡nunca se sabe...!” y deshollinó igualmente el volcán extinguido. Si se deshollinan regularmente los volcanes, pueden evitarse las erupciones. Para la grandeza de nuestra tierra, somos demasiado minúsculos para deshollinar volcanes, es por eso que nos causan tantos disgustos.



Arrancó tristemente los últimos brotes de baobabs que se hacían visibles. Tenía la sensación de no volver jamás. Esa mañana en particular, estos trabajos de rutina le eran sumamente agradables. Regó la flor por última vez, la resguardó con el globo de las fuertes corrientes de viento, y descubrió deseo de llorar.

-Adiós -dijo a la flor.

La flor no respondió.

-Adiós -insistió el principito.

La flor tosió, pero no precisamente por padecer un resfrío.

-He sido tonta -murmuró al fin-. Te pido disculpas e intenta ser feliz.

Estaba estupefacto por la ausencia de reproches. Algo paralizado, permanecía de pie junto a la flor con el globo en su mano. Intentaba comprender esa calma mansedumbre.

-¡Claro que te quiero! -le dijo la flor-. Por mi culpa, no te has enterado de nada. Creo también que has sido tonto como yo. Guarda ese globo, ya no lo quiero.

-Pero el viento...

-No estoy tan resfriada... Soy una flor y estoy segura que el fresco aire de la noche me hará bien.

-¿Y los animales...?

-Es necesario soportar dos o tres orugas si realmente deseo conocer a las mariposas. ¡Debe ser hermoso! De lo contrario, ¿quién vendrá a visitarme? Tú ya estarás lejos. En cuanto a los animales, tengo mis garras para defenderme, no les temo.

Lució inocentemente sus cuatro espinas. Luego dijo:

-No demores tu partida, es molesto. Si has decidido irte, pues... vete ya.

No quería que la viese llorar. Ciertamente era una flor muy orgullosa...

X

La región exacta en la que se encontraba era en la de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Decidió visitarlos a fin de instruirse y encontrar una ocupación.

El primero lo habitaba un rey, vestido de púrpura. Se sentaba en un tronco sencillo pero majestuoso.

-Ah! He aquí un súbdito -dijo el rey al ver llegar al principito.

Mi amigo pensó para sí: “¿Cómo puede reconocermes si nunca me ha visto antes? ¿Acaso todos los hombres son sus súbditos?”

-Ven más cerca, que quiero mirarte mejor -dijo el rey orgulloso de poder ser por fin el rey de alguien.

El principito buscaba un lugar para sentarse, pero el planeta estaba completamente cubierto por el manto de armiño que llevaba encima el rey. No tuvo opción más que la de permanecer en pie, y como se veía muy cansado, bostezó.



-Es contrario al protocolo bostezar en presencia de un rey, de modo que te lo prohíbo -replicó el rey.

-¿Cómo puedo impedirlo? Vengo de un largo viaje y no he dormido -respondió el principito.

-Pues entonces -dijo el rey- te ordeno que bosteces. Desde hace largo tiempo, no he visto a nadie bostezar. Los bostezos despiertan en mí cierta curiosidad. ¡Vamos!, hazlo otra vez. ¡Es una orden!

-Eso me intimida... ahora no puedo -exclamó el principito mientras iba enrojeciendo.

-¡Hum! ¡Hum! -expresó el rey-. Entonces te... te ordeno bostezar o no bos...

De pronto pareció irritado.

El único deseo del rey, era el de ser respetado. No toleraba entonces que se le desobedeciera en lo más mínimo. Pero... dentro de todo, daba órdenes razonables.

“Si ordeno -decía- a un general que se convierta en ave marina y éste no obedece, no sería culpa del general, sino exclusivamente mía”.

-Podría sentarme -suplicó tímidamente el principito.

-Ordeno que lo hagas -respondió el rey al tiempo que recogía parte del faldón de su manto de armiño.

El principito se preguntaba: “¿Sobre quiénes podía reinar el rey, siendo tan pequeño su planeta?”

-Sire...-le dijo- os pido perdón por preguntaos...

-Ordeno que me preguntes -contestó el rey apresurado.

-Sire... ¿Sobre qué reináis?

-Sobre todo -respondió el rey.

-¿Sobre todo?

Expresándose con gestos, el rey señaló su planeta, los otros y también las estrellas.

-¿Sobre todo eso? -preguntó el principito asombrado.

-Así es, sobre todo eso... -respondió el rey.

El principito se hallaba nada menos que frente a un monarca universal.

-¿Y las estrellas os obedecen?

-Claro que sí -dijo el rey-. Acatan mis órdenes al instante. Detesto la indisciplina.

El principito estaba realmente maravillado. Si él hubiera detentado tal poder, habría podido ser testigo no sólo de cuarenta y cuatro, sino a setenta y dos, o cien, o aún doscientas puestas de sol en un mismo día, sin siquiera necesitar desplazarse con su silla! Comenzaba a experimentar cierta melancolía al recordar a su pequeño planeta que había quedado abandonado y se animó a pedir una gracia al rey:

-Necesito ver una puesta de sol... Hazme el gusto... Ordena al sol que se ponga...

-Si ordeno a un general que vuele de flor en flor cual si fuera mariposa, que escriba una tragedia o que de pronto mutara en ave marina y no lo hiciera, quién estaría en falta, él o yo?

-Vos -contestó el principito con tono seguro.

-Correcto. Se debe pedir a cada cual, lo que está a su alcance realizar. La autoridad posee un primer sustento que es la razón -dijo el rey-. De tal forma que si ordenas a tu pueblo arrojar al mar, seguramente éste se inclinará hacia una revolución. Me creo con el derecho de exigir obediencia ya que mis órdenes están dentro de lo razonable.

-¿Y qué hay de mi puesta de sol? -recordó el principito, quien nunca renunciaba a una pregunta, una vez que la había formulado.

-La tendrás. Así lo exigiré, pero tendré que esperar a que las condiciones sean las favorables y adecuadas.

-¿Y cuándo sucederá eso? -quiso averiguar el principito.

-¡Hem! ¡Hem! -vociferó el rey mientras consultaba un grueso calendario-, ¡hem! ¡hem!, será a las... a las... ¡será esta misma noche, exactamente a las siete y cuarenta! ¡Ya veras cómo soy obedecido!

El principito bostezó al tiempo que lamentaba la pérdida de su puesta de sol, y como ya se aburría dijo:

-Ya nada tengo que hacer aquí. Me marchó.

-No te vayas todavía -sugirió el rey, quien estaba muy satisfecho de tener un súbdito-. Si te quedas, te hago ministro.

-¿Ministro de qué?

-¡De... de justicia!

-¿Pero a quién podré juzgar?

-Eso aún no lo se -contestó el rey-. Debo visitar a mi reino, pero estoy viejo, no tengo suficiente lugar para una carroza y me fatiga caminar.

-Yo ya he mirado, por allí tampoco hay habitantes -comentó el principito asomándose a fin de poder observar mejor el otro lado del planeta.

-Podrás juzgarte a ti mismo -replicó el rey-. Eso es bien difícil, mucho más que juzgarse a los demás. Te diré más: si logras juzgarte bien a ti mismo, estarás frente a un verdadero sabio.

-Pero no necesito vivir en este sitio para poder juzgarme a mí mismo -dijo el principito-, eso puedo hacerlo en cualquier parte.

-¡Hem! ¡Hem! -dijo el rey-. Oigo por la noche una vieja rata que anda por algún lugar de este planeta. Podrías juzgarla y aún condenarla a muerte de tiempo en tiempo, de modo tal que su vida dependa de tu justicia. Deberá indultarla cada vez, a fin de conservarla ya que no hay más que una.

-A mí no me gusta condenar a muerte, y ahora sí, creo que me marchó -contestó el principito.

-No -dijo el rey.

El principito, aún habiendo terminado sus preparativos para la partida, hizo lo posible para no afligir al viejo monarca:

-Si Vuestra Majestad desea que obedezca puntualmente, podría darme una orden razonable. Por ejemplo, que parta antes de un minuto. Apuesto a que las condiciones son favorables...

Al ver que el rey no esbozó palabra alguna, pareció pensarlo y luego... suspirando comenzó a alejarse.

-Te nombro embajador -gritó apresuradamente el rey, con un tono altamente autoritario.

Mientras se marchaba, se dijo a sí mismo el principito: "Las personas grandes son bien extrañas".



XI

El segundo planeta se encontraba habitado por un vanidoso:

-¡Bien! ¡Bien! ¡Tenemos aquí la presencia de un admirador! -expresó fuertemente y desde lejos el vanidoso, al ver que el principito se acercaba.

Es así, para los vanidosos, los otros hombres son meros admiradores.

-Buen día -saludó el principito-. ¡Pero qué raro es tu sombrero!

-Sirve para saludar -respondió el vanidoso-. Es para saludar cuando me aclaman. Aunque... lamentablemente, nunca pasa nadie por aquí.

-¿Ah, sí? -exclamó el principito sin comprender.

-Golpea tus manos una contra la otra -solicitó el vanidoso.

Así lo hizo el principito. Modestamente saludó el vanidoso al tiempo que levantaba su sombrero.

-Esto me divierte más que la visita al rey
-se dijo el principito para sí, volviendo a golpear sus manos una contra otra. Inmediatamente, el vanidoso volvió a saludar levantando su sombrero.

A los cinco minutos, el principito se veía cansado por la monotonía del juego:

-¿Qué se hace para que el sombrero caiga?
-interrogó.



El vanidoso no lo oyó, ya que los vanidosos sólo escuchan las alabanzas.

-¿Me admiras mucho, claro? -preguntó al principito.

-Explícame lo que significa admirar.

-Admirar significa asumir que soy el hombre más bello, rico, inteligente y mejor vestido del planeta.

-¿Acaso no eres la única persona en este planeta?

-¡Admírame lo mismo! ¡Hazme el favor!

-Bien, te admiro -complaciendo al vanidoso mientras se encogía de hombros- pero... ¿qué beneficio obtienes en que yo te admire?

El principito se fue.

Decididamente, las personas grandes son muy extrañas, se dijo para sí el principito mientras emprendía su nuevo viaje.

XII

La visita al tercer planeta fue algo breve pero suficiente para entristecer al principito. Vivía en él un bebedor.

-¿Qué haces allí? -interrogó el bebedor, ubicado silenciosamente entre una vasta colección de botellas llenas y otras vacías.

-Bebo -contestó el habitante algo lúgubre.

-¿Por qué lo haces? -preguntó el principito.

-Para olvidar -contestó el bebedor.

-¿Qué es lo que tratas de olvidar? -inquirió penosamente el principito.

-Que me siento avergonzado -confesó el bebedor inclinando hacia abajo la cabeza.

-¿Avergonzado de qué? -intentó averiguar el principito con el propósito de ayudarlo.

-¡Avergonzado de beber! -concluyó el bebedor quedando definitivamente sumido en el silencio.

El principito se alejaba perplejo. Volvió a repetirse durante el viaje que las personas grandes son muy pero muy extrañas.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XIII

Un hombre de negocios habitaba el cuarto planeta. Tan ocupado estaba que no levantó su mirada ni aún ante la llegada del principito.

-Buenos días -saludó éste-. Su cigarrillo está apagado.

-Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo para volver a encenderlo. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Da un total de quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

-¿Quinientos millones de qué?

-¡Eh! ¿Todavía permaneces allí? Quinientos un millones de... Ya no sé... ¡Tengo tanto trabajo! Yo soy serio, no me divierto con tonterías. Dos y cinco, siete...

-¿Quinientos millones de qué? -inquirió nuevamente el principito, que jamás olvidaba una pregunta una vez formulada.



El señor de negocios levantó la cabeza:

-Hace cincuenta y cuatro años que vivo en este planeta, y sólo tres veces me han molestado. Hace veintidós años fue la primera, cuando un abejorro cayó Dios sabe de dónde. Fue tan estrepitoso el ruido que produjo al caer, que cometí cuatro errores en una suma. Hace once años fue la segunda a causa de un ataque de reumatismo. Debo hacer ejercicios, pero no tengo tiempo para moverme. Soy serio. La tercera vez... ¡Hela aquí! Decía, quinientos un millones...

-¿Millones de qué?

El hombre de negocios había comprendido que no había ya esperanza de tranquilidad alguna.

-Millones de esas cositas que se ven a veces en el cielo.

-¿Moscas?

-¡Oh, no! Cositas que brillan.

-¿Abejas?

-¡Pero no! Cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes. ¡Pero yo soy serio! y no tengo tiempo para perder.

-¡Ah! ¡Estrellas!

-Eso es. Estrellas.

-¿Pero puedes decirme que haces con quinientos millones de estrellas?

-Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Yo soy serio y preciso.

-Dime, qué haces con esas estrellas.

-¿Cómo qué hago? Nada, las poseo.

-¿Posees las estrellas?

-Efectivamente.

-He visto un rey que...

-Escucha: los reyes no poseen, “reinan” que es bien distinto.

-¿Me dirás para qué te sirve poseer estrellas?

-Gracias a ello soy rico.

-¿De qué sirve ser rico?

-Para comprar otras estrellas, si alguien las encuentra.

Mientras tanto el principito iba pensando que este hombre, razona un poco como el ebrio. Siguió preguntando;

-¿Cómo puede un hombre poseer estrellas?

-¿Acaso, sabes de quién son?

-No sé. Supongo que de nadie.

-Pues entonces... son mías por ser el primero en haberlo pensado.

-¿Y con eso basta?

-¡Pues claro! Cuando hallas un diamante que no le pertenece a nadie, es sencillamente tuyo. De igual forma, cuando eres el primero a quien se le ocurre una idea, la patentas e inmediatamente pasa a ser de tu propiedad. Así, yo poseo las estrellas pues nadie antes que yo, soñó poseerlas. ¿Comprende?

-Es cierto -dijo el principito-. ¿Pero qué haces tú con ellas?

-Las administro. Las cuento y recuento -contestó el hombre de negocios-. Es bastante difícil, pero como dije, ¡soy un hombre serio!

El principito aún no se daba por satisfecho.

-Yo, si poseo un pañuelo, puedo abrigo con él mi cuello y llevarlo conmigo a donde vaya. Si poseo una flor, puedo cortarla y llevármela. En cambio tú, ¡no puedes cortar las estrellas!

-No, pero puedo depositarlas en el banco.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Escribo en un papelito la cantidad de estrellas que poseo, cierro el papelito y lo pongo bajo llave en un cajón.

-¿Eso es todo?

-Lo suficiente.

Es divertido y bastante poético, pero... no es serio -pensó el principito, que sobre cosas serias tenía un concepto bien distinto del de las personas grandes.

-Yo -dirigiéndose al señor- poseo una flor a la que riego todos los días. Tres volcanes que deshollino todas las semanas, aunque uno de los tres está extinguido. Nunca se sabe. Tanto para mis volcanes como para mi flor, es útil que yo los posea. En cambio tú... no eres útil a las estrellas.

El hombre de negocios hizo el ademán de responder pero no encontró palabras para ello. El principito se fue. Decididamente las personas grandes -se decía para sí- son enteramente extraordinarias.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XIV

El quinto planeta era algo extraño y el más pequeño de todos. Apenas había espacio para albergar a un farol y un farolero. Era incomprensible para el principito, qué utilidad tendrían en algún lugar del cielo, en un planeta casi deshabitado, un farol y un farolero.

Dijo para sí: “Quizá este hombre es absurdo. Pero seguramente lo es menos que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Por lo menos su trabajo posee sentido. Al encender su farol, es como si diera nacimiento a una estrella más, o a una flor. Cuando apaga el farol, hace dormir a la flor o a la estrella. Su trabajo es lindo, y por ello útil.



Al llegar al planeta, saludó con respeto al farolero:

-Buenos días. ¿Por qué apagas el farol?

-Es la consigna -contestó el farolero-. Buenos días.

-¿Qué es la consigna?

-Apagar el farol. Buenas noches.

Y volvió a encenderlo.

-Pero, y ahora ¿por qué acabas de encenderlo nuevamente?

-Es la consigna -respondió el farolero.

-No te comprendo -le dijo el principito.

-No es necesario comprender nada. La consigna es la consigna. Buenos días -dijo el farolero, apagó el farol y secó su frente con un pañuelo a cuadros rojos.

-Mi oficio es terrible. Al principio era más razonable. Apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la noche. El resto del día lo utilizaba para descansar y el resto de la noche para dormir...

-¿Después la consigna cambió? -interrogó el principito.

-La consigna no ha cambiado -respondió el farolero-. ¡Ese es el drama! Año tras año el planeta gira más velozmente y la consigna no ha cambiado.

-¿Entonces? -dijo el principito.

-Al producirse ahora una vuelta por minuto, no tengo ni un segundo para descansar. Enciendo y apago el farol una vez por minuto.

-¡Qué raro! ¡En este planeta los días duran tan sólo de un minuto!

-Nada tiene de raro. Hace ya un mes que estamos juntos -dijo el farolero.

-¿Un mes?

-Exacto. Treinta minutos. ¡O sea treinta días! Buenas noches.

Volvió a encender el farol.

El principito lo observaba atentamente y le agradaba que el farolero fuera tan fiel a la consigna. Le hizo recordar las puestas de sol que en otros tiempos había perseguido con sólo mover su silla unos pasos. Sintió el deseo de ayudar a su amigo.

-¿Sabes?..., conozco la manera en que puedas descansar cuando así lo necesites...

-Siempre quiero descansar -dijo el farolero.

Se puede ser a la vez fiel y perezoso. El principito prosiguió:

-Tu planeta es tan pequeño que puedes recorrerlo en un abrir y cerrar de ojos. Con sólo caminar lentamente, quedarás siempre al sol. Cuando quieras descansar, deberás caminar y de esta forma el día, durará el tiempo que tú quieras.

-No es gran cosa lo que con eso adelanto. Lo que más me gusta en la vida, es dormir -confesó el farolero.

-Es no tener suerte -dijo el principito.

-Es no tener suerte -dijo el farolero. Buenos días.

Y apagó el farol.

Mientras proseguía su viaje se dijo el principito: “éste sería despreciado por todos los otros, por el rey, el vanidoso, el bebedor, el hombre de negocios. Por el contrario a mí, es el único que no me parece ridículo. Tal vez sea por ocuparse de una cosa ajena a si mismo”.

Suspiró con nostalgia y prosiguió:

“Este es el único del que podría haberme hecho amigo. Pero su planeta es realmente tan pequeño que no hay lugar para dos...”.

El principito no se animaba a contarse a sí mismo que lo más atrayente de aquel planeta, eran sin duda, las mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol, cada veinticuatro horas.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XV

El sexto planeta contaba con grandes dimensiones. Vivía allí un Anciano que se dedicaba a escribir enormes libros.

-¡He aquí un explorador! -exclamó al ver al principito.

El principito sentado sobre la mesa, resopló de cansancio. ¡Había viajado mucho!

-¿De dónde es que vienes? -preguntó el Anciano.

-¿Qué es este libro tan gordo? -interrogó el principito-. ¿Qué es lo que haces aquí?



-Soy geógrafo -dijo el Anciano.

-¿Qué es ser un geógrafo?

-Es un sabio conocedor de los mares, ríos, ciudades, montañas y desiertos.

-Eso es bien interesante -acotó el principito-. ¡Al fin un oficio verdadero! Miró a su alrededor; no había visto todavía un planeta tan majestuoso.

-Es realmente hermoso vuestro planeta. ¿Tiene océanos?

-No puedo saberlo -contestó el geógrafo.

-¡Ah! -exclamó el principito decepcionado-. ¿Tiene montañas?

-Tampoco puedo saberlo -dijo el geógrafo.

-¿Ciudades, ríos y desiertos?

-¿Y cómo podría saberlo?

-¿Pero acaso no eres geógrafo? -preguntó disconforme el principito.

-Dije que era geógrafo, no explorador. No poseo exploradores y no soy yo quien deba realizar el cómputo de las ciudades, los ríos, montañas, mares, océanos y desiertos. El geógrafo es lo suficientemente importante como para ambular por ahí. Nunca debe abandonar su despacho. Debe interrogar a sus exploradores y tomar nota de sus observaciones. Y si alguna de ellas se le aparece como interesante, debe levantarse una encuesta acerca de la moralidad del explorador.

-¿Por qué?

-Porque si un explorador mintiera podría causar todo tipo de catástrofes en los libros de geografía. Lo mismo un explorador que bebiera en demasía.

-¿Por qué? -preguntó nuevamente el principito.

-Pues los ebrios ven doble, de modo que vería dos montañas en el lugar donde sólo hay una.

-¡Ah, sí! Conozco a alguien -dijo el principito- que no sería un buen explorador.

-Es posible. De manera que, cuando la moral del explorador es intachable, se realiza una encuesta en relación a su descubrimiento.

-¿Se va a ver? -preguntó el principito.

-Desde ya que no. Eso sería demasiado complicado. Sólo se exige al explorador que presente pruebas. Si por ejemplo el descubrimiento es de una gran montaña, se le pide que traiga grandes piedras.

El geógrafo se mostró repentinamente emocionado:

-¡Pero tú, tu vienes de lejos! ¡Eres un explorador! ¡Podrías describirme tu planeta!

Sin perder tiempo, el geógrafo abrió su gigantesco registro y afinó la punta de su lápiz. Los relatos se toman en lápiz al principio. Se transcriben en tinta al momento en que el explorador suministra las pruebas correspondientes.

-¿Decías? -interrogó el geógrafo.

-¡Oh!, veráis... -dijo el principito-, mi planeta es poco interesante; es demasiado pequeño. Tengo tres volcanes de los cuales uno se extinguió. Pero nunca se sabe...

-Nunca se sabe -repitió el geógrafo.

-Tengo también una flor.

-Las flores no son tenidas en cuenta, no las anotamos -dijo el geógrafo.

-¿Por qué? ¡Si son lo más lindo! -exclamó el principito entre irritado y asombrado.



-La razón es que toda flor es efímera.

-¿Qué quiere decir “efímera”?

-Las geografías -dijo el geógrafo- son los libros más valiosos de todos los libros. Jamás pasan de moda. Es raro, por no decir imposible que una montaña cambie de lugar. También sería cosa extraña que un océano perdiera su agua. Lo que escribimos son aquéllas cosas eternas.

-Sin embargo, los volcanes extinguidos pueden despertar -interrumpió el principito-. Qué significa “efímera”.

-Para nuestros registros, que un volcán esté extinguido o en actividad, es lo mismo. Lo que cuenta es la montaña misma y eso no cambia.

-¿Qué significa “efímera”? -interroga nuevamente el principito, que como sabemos, en su vida había renunciado jamás a una pregunta una vez formulada.

-Significa que se encuentra en permanente amenaza de desaparición. Que algún día deja de existir.

-¿Acaso mi flor está amenazada por una próxima desaparición? -preguntó entristecido el principito.

-Seguramente.

¡Mi flor es efímera -pensó el principito-, y sólo tiene cuatro espinas que intentan defenderla contra el mundo entero! ¡Y la he dejado completamente sola en mi casa!

A pesar de la nostalgia, tomó coraje y preguntó:

-¿Qué me aconsejáis que vaya a visitar?

-El planeta Tierra. Su reputación es buena...

Partió así el principito... pensando en su flor.

XVI

La Tierra ha sido el séptimo planeta visitado por el principito.

La Tierra no es, por cierto, un planeta cualquiera. La cantidad de reyes que allí se cuentan es de ciento once (incluyendo a los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, trescientos once millones de vanidosos, siete millones y medio de ebrios, es decir, aproximadamente dos mil millones de personas grandes.

Para tener una idea de la grandeza de la Tierra, os contaré que cuando la electricidad aún no existía, se hacía imprescindible la labor de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros, que proveyeran de luz a seis continentes.

El desplazamiento y movimiento de este gran ejército de faroleros, se veía a la distancia como los de un ballet de ópera. Quienes cubrían el primer turno eran los faroleros de Nueva Zelanda y Australia. Encendían los faroles y se iban a dormir. Le seguían los faroleros de China y Siberia. Era el turno luego de Rusia y de las Indias. Le sucedían los de África y Europa. Tras ellos los de América del Sur, más tarde América del Norte. Jamás equivocaban este orden. Era verdaderamente una escena espléndida.

Quienes llevaban una vida poco divertida, eran el farolero del único farol del Polo Norte y su colega del único farol del Polo Sur, ya que la frecuencia con que encendían sus faroles, era tan sólo de dos veces al año.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XVII

Sugiero que no he sido preciso al hablar de los faroleros. Puedo correr el riesgo de ofrecer a quienes no lo conocen, una idea equívoca acerca de nuestro planeta. En verdad, de todo el espacio habitable de la Tierra, los hombres ocupan poco espacio. Imaginaos que si los dos mil millones de hombres que habitan la Tierra, permanecieran de pie y algo apretados, entrarían tranquilamente en una plaza pública de veinte millas de largo por veinte de ancho. La humanidad entera podría alojarse en la isleta más pequeña del Pacífico.

Seguro que las personas grandes no harían caso de ello. Se sienten tan importantes que se ven ocupando mucho lugar como los baobabs. Les podríais aconsejar hacer el cálculo, ya que tanto gustan de las cifras, pero me temo que sería una gran pérdida de tiempo. Confiad en mí.



Una vez en tierra, el principito quedó sorprendido al no ver a nadie. Pensaba para sí haber equivocado el planeta cuando de pronto, fue sorprendido por un anillo color luna que se revolvía en la arena.

-Buenas noches -dijo el principito.

-Buenas noches -contestó la serpiente.

-Puedes decirme en ¿qué planeta me encuentro? -interrogó el principito.

-En la Tierra, exactamente en África -respondió amablemente la serpiente.

-Ah!... ¿Está despoblado el planeta?

-Ocurre que has caído justo en el desierto. Es común que en los desiertos no haya nadie. Pero, la Tierra es grande... -dijo la serpiente.

Sentándose sobre una piedra, el principito levantó su mirada hacia el cielo:

-¿Será que las estrellas brillan -dijo-, a fin de que cada uno pueda algún día encontrar la suya? Ese es mi planeta, está justo sobre nosotros... Mira qué pequeño. ¡Qué distante está...!

-¡Es hermoso! -exclamó la serpiente-, ¿qué haces por aquí?

-Estoy algo enfadado con una flor -dijo el principito.

-¡Ah!, comprendo... -dijo la serpiente.

Luego de un silencio:

-Dime... ¿dónde están los hombres? -quiso averiguar el principito-. Aquí, en el desierto se está un poco solo.

-Tal vez con los hombres, también se esté solo, ¿no crees?

Después de mirar largo tiempo a la serpiente:

-Qué extraño animal eres -dijo el principito. Tan delgado como un dedo.

-Sin embargo mucho más poderoso que el dedo de un rey -respondió con cierto orgullo la serpiente.

-No eres muy poderoso -dijo sonriendo el principito-. Ni siquiera tienes patas, no puedes viajar...

-Aún así, te aseguro, puedo llevarte más lejos de lo que lo haría un navío -agregó sorprendiendo al principito, mientras se enroscaba alrededor de su tobillo.

-A quien toco, vuelvo al lugar de donde provino. Pero tú pareces diferente..., eres puro y vienes de una estrella.

El principito nada decía.

-Eres débil, me das pena -continuó la serpiente-. Si algún día extrañas demasiado a tu planeta, puedo ayudarte. Puedo..., tú comprendes...

-¡Oh! ¡Claro que sí! Te he comprendido muy bien -dijo el principito-. Sólo una cosa... ¿por qué hablas siempre con enigmas?

-Yo los resuelvo todos -contestó presurosa la serpiente.

Y así, permanecieron un largo rato en silencio.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XVIII

Avanzó el principito por el desierto, no encontrando más que una flor. Apenas si tenía tres pétalos...

-Buenos días -saludó cortésmente el principito.

-Buenos días -contestó la flor.

-¿Sabes tú dónde están los hombres? -preguntó el principito.

Alguna vez la flor había visto pasar una caravana..., una en toda su vida.

-¿Los hombres? Existen algo así como seis o siete. Los he visto hace muchos años y nunca se sabe donde hallarlos. Parecen arrastrados por los vientos, como no poseen raíces... Les fastidia mucho no tenerlas.

-Adiós -dijo de pronto el principito.

-Adiós -dijo la flor.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XIX

El principito se encontró con una gran montaña y se subió. En verdad, las únicas montañas que en su vida había visto eran los tres volcanes de su pequeño planeta que en total le llegaba cada uno a sus rodillas. El volcán apagado lo utilizaba como taburete.

Se dijo: “Desde una montaña tan alta como ésta, seguro es que veré de un sólo golpe el planeta con todos sus habitantes...” Sólo vio puntas de rocas bien afiladas.



-Buenos días -dijo al azar el principito.

-Buenos días... Buenos días... Buenos días... -respondió el eco.

-¿Quién eres? -preguntó interesado el principito.

-Quién eres... quién eres... quién eres... -respondió el eco.

-Os suplico, sed mis amigos... estoy solo -dijo el principito.

-Estoy solo... estoy solo... estoy solo -prosiguió el eco.

“Pero... ¡qué planeta tan raro! -pensó para sí el principito-. Es seco, puntiagudo y salado. Los hombres no tienen imaginación, repiten y repiten todo lo que escuchan... En casa tenía una flor y siempre era la primera en hablar...



XX

Al fin el principito descubrió una ruta, luego de haber caminado a través de arenas, rocas y nieves durante un largo tiempo. Todas las rutas van hacia la morada de los hombres.

-Buenos días -esbozó el principito.

Se trataba de un jardín lleno de rosas.

-Buenos días -respondieron al saludo las rosas.

El principito las observó detenidamente..., todas eran semejantes a su flor.

-¿Quiénes sois? -preguntó sorprendido el principito.

-Somos rosas -contestaron las rosas.

-¡Ah! -exclamó el principito.

Muy desdichado, recordaba que su flor le había contado un día que era única en su especie y en el universo entero. El principito se encontró con que en un sólo jardín había cinco mil, todas semejantes entre sí.



”Si ella viera esto -pensó para sí-, se sentiría seguramente avergonzada, tosería un buen rato y simularía morir a fin de evitar el ridículo. Yo debería aparentar protegerla, pues para humillarme aún más, llegaría hasta el extremo de dejarse morir...”

Prosiguió así el curso de sus pensamientos: “Creí ser rico al poseer una flor única en su especie, y no se trata más que de un ejemplar ordinario. La rosa y tres volcanes que no pasan de mis rodillas, de los cuales uno esté quizá apagado para siempre. Verdaderamente..., no soy un gran príncipe”. Se extendió sobre la hierba y lloró.

XXI

Apareció entonces el zorro;

-Buenos días -saludó el zorro.

-Buenos días -contestó amablemente el principito que al darse vuelta en dirección a la voz no vio a nadie.

-Si me buscas, aquí estoy -aclaró el zorro- debajo del manzano...

-Pero..., ¿quién eres tú? -preguntó el principito-. Eres muy hermoso...

-Soy un zorro -dijo el zorro.



-Acércate..., ven a jugar conmigo -propuso el principito-. ¡Estoy tan triste!...

-¿Jugar contigo? No..., no puedo -dijo el zorro-. Aún no estoy domesticado.

-¡Ah! Perdón -se excusó el principito.

Interrogó, luego de meditar un instante:

-¿Has dicho “domesticar”? ¿Qué significa “domesticar”?

-Tú no eres de aquí -afirmó el zorro-. Puedes decirme ¿qué es lo que buscas?

-Busco a los hombres -respondió el principito-. Dime, ¿qué significa “domesticar”?

-Los hombres -intentó explicar el zorro- poseen fusiles y cazan. Eso es bien molesto. Crían también gallinas; es su único interés. Tú buscas gallinas, ¿verdad?

-No -dijo el principito-. Busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”?

-¡Ah!..., es una cosa muy olvidada -respondió el zorro-. Significa “crear lazos”.

-¿Crear lazos? -preguntó el principito.

-Así es -confirmó el zorro-. Tú para mí, no eres más que un jovencito semejante a cien mil muchachitos. Además, no te necesito. Tampoco tú a mí. No soy para ti más que un zorro parecido a cien mil zorros. En cambio, si me domesticas..., sentiremos necesidad uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

-Creo que empiezo a entender -dijo el principito-. Hay una flor... Creo que me ha domesticado.

-Es probable -contestó el zorro-. En este planeta, en la Tierra, ¡pueden ocurrir todo tipo de cosas...!

-¡Oh! No es en la Tierra -se apresuró a decir el principito.

El zorro se quedó no menos que intrigado.

-¿Acaso en otro planeta?

-Sí.

-¿Puedes decirme si hay cazadores en ese planeta?

-¡Oh, no! No los hay.

-Me está resultando muy interesante. ¿Hay gallinas?

-No.

-No existe nada que sea perfecto -dijo el zorro suspirando.

Luego prosiguió:

-Mi vida es algo aburrida. Cazo gallinas y los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen como también los hombres se parecen entre sí. Francamente me aburro un poco. Estoy seguro que..., si me domesticas mi vida se verá envuelta por un gran sol. Podré conocer un ruido de pasos que será bien diferente a todos los demás. Los otros pasos, me hacen correr y esconder bajo la tierra. Pero el tuyo sin embargo, me llamará fuera de la madriguera, como una música. ¡Mira! ¿Puedes ver allá a lo lejos los campos de trigo? Yo no como pan, por lo que para mí el trigo es

inútil. Los campos de trigo nada me recuerdan. ¡Es triste! Pero tú tienes cabellos de color oro. Cuando me hayas por fin domesticado, el trigo dorado me recordará a ti. Y amaré el sonido del viento en el trigo...

El zorro en silencio, miró por un gran rato al principito.

-Por favor... ¡doméstícame! -suplicó.

-Lo haría, pero... no dispongo de mucho tiempo -contestó el principito. Quisiera encontrar amigos y conocer muchas cosas.

-¿Sabes...? Sólo se conocen las cosas que se domestican -afirmó el zorro. Los hombres carecen ya de tiempo. Compran a los mercaderes cosas ya hechas. Y... como no existen mercaderes de amigos, es muy simple, los hombres ya no tienen amigos. Si realmente deseas un amigo, ¡doméstícame!

-Y... ¿qué es lo que debo hacer? -preguntó el principito.

-Debes tener suficiente paciencia -respondió el zorro-. En un principio, te sentarás a cierta distancia, algo lejos de mí sobre la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. La palabra suele ser fuente de malentendidos. Cada día podrás sentarte un poco más cerca.

Al otro día el principito volvió:

-Lo mejor es venir siempre a la misma hora -dijo el zorro-. Si sé que vienes a las cuatro de la tarde, comenzaré a estar feliz desde las tres. A medida que se acerque la hora más feliz me sentiré. ¡A las cuatro estaré agitado e inquieto; comenzaré a descubrir el precio de la felicidad! En cambio, si vienes a distintas horas, no sabré nunca en qué momento preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

-¿Qué son los ritos? -preguntó el principito.

-Se trata también de algo bastante olvidado -contestó el zorro-. Es aquello que hace que un día se diferencie de los demás, una hora de las otras horas. Te daré un ejemplo. Entre los cazadores hay un rito. Todos los jueves bailan con las jóvenes del pueblo. Para mí el jueves es un maravilloso día, ya que paseo hasta la viña. Si los cazadores no tuvieran un día fijo para su baile, todos los días serían iguales y yo no tendría vacaciones.

Fue así como el principito domesticó al zorro. Pero al acercarse la hora de la partida:

-¡Ah! -dijo el zorro-. Voy a llorar.

-No es mi culpa -repuso el principito-. Tú quisiste que te domesticara, no fue mi intención hacerte daño...



-Sí, yo quise que me domesticaras -dijo el zorro.

-¡Pero dices que llorarás!

-Sí -confirmó el zorro.

-¿Ganas algo entonces? -preguntó el principito.

-Gano -aseguró el zorro- por el color del trigo.

Luego sugirió al principito:

-Vuelve y observa una vez más el jardín de rosas. Ahora comprenderás que tu rosa es única en el mundo. Cuando vuelvas para decirme adiós, yo te regalaré un secreto.

Se dirigió el principito nuevamente a la rosas:

-En absoluto os parecéis a mi rosa. Nadie os ha domesticado y no habéis domesticado a nadie. Así era mi zorro antes, semejante a cien mil otros. Al hacerlo mi amigo, ahora es único en el mundo.

Las rosas se mostraron ciertamente molestas.

-Sois bellas, pero aún estáis vacías -agregó todavía-. Nadie puede morir por vosotras. Es probable que una persona común crea que mi rosa se os parece. Ella siendo sólo una, es sin duda más importante que todas vosotras, pues es ella la rosa a quien he regado, a quien he puesto bajo un globo; es la rosa que abrigué con el biombo. Ella es la rosa cuyas orugas maté (excepto unas pocas que se hicieron mariposas). Ella es a quien escuché quejarse, alabarse y aún algunas veces, callarse. Ella es mi rosa...



Regresó hacia donde estaba el zorro:

-Adiós -dijo.

-Adiós -dijo el zorro-. Mi secreto es muy simple: no se ve bien sino con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos.

-Lo esencial es invisible a los ojos -repitió el principito a fin de acordarse.

-El tiempo que dedicaste por tu rosa, es lo que hace que ella sea tan importante para ti.

-El tiempo que dediqué por mi rosa... -repitió el principito para no olvidar.

-Los hombres ya no recuerdan esta verdad -dijo el zorro-. En cambio tú, por favor... no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

-Soy responsable de mi rosa... -dijo en voz alta el principito a fin de recordar...

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXII

-Buenos días -dijo el principito.

-Buenos días -dijo el guardavía.

-¿Qué haces aquí? -preguntó el principito.

-Realizo la clasificación de los viajeros por grupos de mil -respondió el guardavía-. Despacho los trenes que los trasladan, tanto hacia una dirección como hacia la otra.

Un rápido tren rugiendo como un trueno, hizo temblar la cabina.

-Están muy apurados -dijo el principito-. ¿Qué buscan?

-No lo sabe ni aún el que conduce la locomotora -afirmó el guardavía.

Otro tren rugió, pasando en sentido inverso al anterior.

-¿Ya regresan? -preguntó el principito.

-No son los mismos -dijo el guardavía-. Es un cambio.

-¿No les agradaba en donde estaban?

-Nadie está nunca conforme donde está -dijo el guardavía, mientras rugía el tercer tren.

-¿Es que persiguen a los primeros viajeros? -preguntó intrigado el principito.

-No persiguen absolutamente nada -respondió el guardavía-. Allí dentro bostezan o se quedan dormidos. Únicamente los niños aplastan sus narices contra los vidrios.

-Sólo los niños tienen claro lo que buscan -dijo el principito-. Juegan con una muñeca de trapo que termina transformándose en algo sumamente importante. Si se les quita la muñeca, comienzan a llorar...

-Ellos tienen suerte -continuó el guardavía.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXIII

-Buenos días -saludó el principito.

-Buenos días -contestó el mercader.

Se trataba de un vendedor de píldoras que quitan la sed. Se las ingiere una vez a la semana y se pierde la necesidad de beber.



-¿Para qué vendes eso? -quiso averiguar el principito.

-Para economizar tiempo -dijo el mercader-. Investigadores han podido calcular que se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

-¿Qué se hace con los minutos ahorrados?

-Lo que se quiere...

“Yo -dijo el principito- con cincuenta y tres minutos para gastar, lo que haría sería caminar lentamente hacia una fuente...”

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXIV

Era ya el octavo día en medio del desierto, y había escuchado la historia del mercader, mientras bebía la última gota de agua que quedaba.

-¡Ah! -dije al principito-. Me gustan tus recuerdos pero aún no he podido reparar mi avión, ya no queda nada para beber y también me agradecería dirigirme muy lentamente hacia una fuente.



-Mi amigo el zorro... -me dijo.

-Mi pequeño hombrecito, ¡ya no se trata más del zorro!

-¿Por qué? -preguntó algo indignado el principito.

-Porque vamos a morir de sed...

Sin comprender mi explicación agregó:

-Es hermoso haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Soy feliz por haber tenido un amigo zorro...

“No tiene noción del peligro -me dije-. Nunca siente hambre, nunca sed... Un poco sol es suficiente para él”

Me miró y dijo como respondiendo a mis pensamientos:

-También tengo sed... Veamos si encontramos un pozo...

Expresé un gesto de cansancio. Nada más ridículo que buscar un pozo al azar en medio del desierto. De todas formas, emprendimos la marcha.

Caminamos horas en silencio hasta que cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Parecía estar soñando, estaba algo afiebrado a causa de la sed. Danzaban por mi mente, palabras del principito.

-¿Tú también tienes sed? -pregunté.

No me respondió. Simplemente me dijo:

-El agua también puede ser buena para el corazón...

Me resultaba ciertamente complicado comprender su respuesta, pero como sabía que era mejor no interrogarlo, me callé...

Se lo veía algo cansado. Se sentó y yo cerca de él. Luego de un silencio dijo:

-Las estrellas son bellas, por una flor que no se ve...

“Seguramente” -dije-.

Sin hablar miré las ondulaciones de la arena bajo la luna.

-Es muy bello el desierto -agregó.

Pensaba igual. Siempre he amado el desierto. Puede uno sentarse sobre un médano sin ver nada, sin oír nada y sin embargo... algo resplandece en el mágico silencio.

-Lo que embellece aún más al desierto -dijo el principito-, es que esconde un pozo en cualquier parte, en el sitio menos esperado...



Comprendí de pronto el misterio del resplandor de la arena. Cuando era jovencito, vivía en una casa muy antigua y contaba la leyenda que allí había un tesoro escondido. Nadie pudo descubrirlo y quizá nadie lo haya buscado. Sin embargo, encantaba toda la casa. Mi casa guardaba un secreto en el fondo de su corazón...

-Sí -dije al principito-; se trate de la casa, de las estrellas o bien del desierto mismo, lo que indudablemente embellece es invisible.

-Así es como piensa mi zorro, me gusta que estés de acuerdo con él -dijo.

Tomé en mis brazos al principito que había quedado dormido, y proseguí la marcha. Sentía una gran emoción recorrer mi cuerpo. Me parecía estar cargando un frágil tesoro. Y aún más, sentía que no existía algo más frágil sobre esta Tierra. La luz que provenía de la luna iluminaba la pálida frente del hombrecito, sus ojos cerrados y los cabellos dorados movidos por el viento. Me dije: “Lo que aquí veo, es sólo una corteza. Lo más importante es invisible...”

Sus labios permanecían entreabiertos esbozando una suave sonrisa. Me dije: “Lo que me emociona de este principito es su fidelidad por una flor, es la imagen de una rosa que brilla en él aún en su sueño como la llama de una lámpara...” Lo sentí aún más frágil. Es muy necesario cuidar de las lámparas ya que un golpe de viento puede apagarlas...

Y así, caminando lentamente, descubrí el pozo al amanecer.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXV

-Veo que los hombres -comentó el principito- se encierran en los rápidos sin saber lo que buscan. Esto los agita y comienzan a dar vueltas...

El pozo que habíamos hallado era bien extraño para un desierto, mas bien parecía el pozo de una aldea.

-Es raro -dije al principito-. Todo está ya preparado: la roldana, el balde, la cuerda...

Rió, tocó la cuerda e hizo mover la roldana que gimió como una vieja veleta.

-¿Escuchas? -preguntó el principito-. Despertamos al pozo y él ahora nos canta...

-Permíteme a mí -le sugerí. Creo que para ti es muy pesado.

Lentamente icé el balde, lo asenté bien. Dentro de mí cantaba aún la roldana y en el agua..., vi temblar el sol.

Tengo sed de esta agua -dijo el principito-. Dame de beber.

Comprendí lo que había buscado.

Acerqué el balde a sus labios y bebió con los ojos cerrados. Todo parecía una fiesta. El agua había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo, buena para el corazón. Cuando pequeño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la calidez de las sonrisas formaban todo el resplandor del regalo de Navidad que recibía.

-En tu tierra -dijo el principito-, los hombres cultivan miles de rosas en un mismo sitio, pero no encuentran lo que buscan...

-Así es, no lo encuentran... -dije.

-Y pensar que lo que buscan, podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua...

-Seguro que así es -afirmé.

-Pero como los ojos están ciegos, se hace necesario buscar con el corazón.

Yo había bebido, respiraba bien. Al nacer un nuevo día, la arena se mostraba color miel. Eso me hacía feliz. ¿Por qué habría de apenarme?

-Necesito que cumplas tu promesa -me dijo dulcemente el principito al tiempo que se sentaba cerca mío.

-¿Y cuál es esa promesa? -pregunté algo olvidado.

-Un bozal para mi cordero... ¡soy responsable de mi flor!

Tomé de mi bolsillo los bosquejos de dibujo. Al verlos, el principito rió y dijo:

-Tus baobabs son bien parecidos a los repollos, ¿sabes?

-¡Oh! ¡Estaba muy orgulloso de ellos!

-Fíjate ahora en las orejas del zorro... ¡parecen cuernos y además, son demasiado largas! -dijo todavía riendo.

-Eres algo injusto. Yo no sabía dibujar más que boas abiertas y cerradas.

-¡Oh, está bien! -dijo-. Los niños saben.

Dibujé como pude un bozal y sentí una opresión en mi corazón al dárselo.

-Veo que tienes proyectos que desconozco...

Me dijo:

-Sabes, mi caída sobre la Tierra... mañana se cumplirá el aniversario...

Luego de un silencio:

-Caí muy cerquita de aquí -dijo y se sonrojó.

No comprendí bien por qué, pero sentí un gran pesar.

-Entonces no te paseabas por casualidad aquella mañana en la que te conocí, hace ocho días, así, solo y a mil millas de toda región habitada. ¿Acaso regresabas al punto de tu caída?

El principito enrojeció otra vez y dije vacilando:

-¿Quizá por el aniversario...?

Nuevamente enrojeció el principito. Nunca respondía a las preguntas pero... cuando uno se enrojece significa "sí", ¿no es cierto?

-¡Ah! -le dije-. Temo...

-Ahora debes continuar tu trabajo -dijo interrumpiéndome-. Debes volver a tu avión. Aquí te esperaré. Regresa mañana por la tarde...

No me quedaba tranquilo. Me recordaba esto al zorro. Si uno se deja domesticar, corre el riesgo de llorar un poco...

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXVI

A un lado del pozo, se levantaba una ruina de un viejo muro pedroso. Mientras trabajaba al día siguiente, podía distinguir a lo lejos al hombrecito sentado allí arriba, con sus piernas colgando. Pude oír que hablaba:

-¿No lo recuerdas? -decía-. ¡No es exactamente aquí!

Deduzco que una voz le respondió, pues el principito contestó:

-¡Sí! ¡Sí! Es el día, pero estoy seguro que el lugar no es éste...

Emprendí mi vuelta hacia el muro. No veía ni oía a nadie. El principito nuevamente dijo:

-...Seguro. Te fijarás en qué lugar comienza mi huella en la arena. Espérame allí esta misma noche.

A veinte metros del muro y todavía no veía a nadie con quien el principito pudiera seguir hablando.

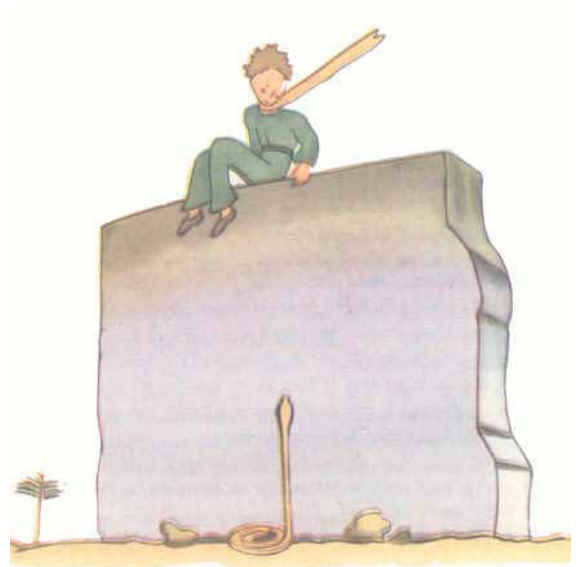
Agregó todavía:

-¿Dará buen resultado tu veneno? No sufriré por mucho tiempo, ¿verdad?

Con el corazón oprimido me detuve sin comprender.

-Márchate ahora...-dijo-. ¡Quisiera descender!

¡Bajé la mirada hacia el pie del muro y... di un salto! Inclínada hacia el principito, amenazaba una de esas serpientes amarillas que os matan en treinta segundos. Corría mientras buscaba mi revólver, pero al oír el ruido, la serpiente se deslizó por dentro de la arena hasta desaparecer como un chorro de agua que muere.



Llegué al muro en el instante indicado como para recibir al principito en mis brazos, quien se hallaba pálido como la nieve.

-¿De qué se trata esta historia? Ignoraba que hablaras con serpientes.

Mojé sus sienes, le di de beber y aflojé su eterna bufanda de oro. No me atreví a preguntar nada. Mirándome gravemente, rodeó mi cuello con sus pequeños brazos. Su corazón latía como el de un pájaro que muere, herido por una carabina. Me dijo:

-Me alegra mucho que hayas dado con el desperfecto de tu máquina. Podrás regresar a tu casa...

-¿Cómo lo sabes?

Justamente, era lo que venía a comunicarle. Contra toda esperanza, finalmente mi trabajo tuvo éxito.

Sin responder a mi pregunta agregó:

-También yo hoy vuelvo a casa...

Algo triste prosiguió:

-Es mucho más lejos, más difícil...

Lo abracé contra mi pecho como a un niño y parecía escurrirse hacia un oscuro abismo sin poder hacer nada por retenerlo...

-¡Ah! ¿Sabes? Tengo tu cordero, su caja y también su bozal...

Sonrió con melancolía.

-Has tenido miedo, hombrecito.

Sin duda que lo había tenido.

-Esta noche tendré mucho más...

Un frío helado recorrió mi cuerpo por la certeza de lo irreparable. No soportaría la idea de no escuchar nunca más la música de su risa. Era para mí como una fuente en el desierto.

-Hombrecito... quiero escuchar tu risa otra vez...

Me dijo:

-Esta noche se cumplirá un año. Mi estrella estará exactamente sobre el mismo sitio donde caí el año pasado...

-Dime que es una pesadilla la historia de la serpiente, la cita y la estrella...

No respondió y dijo:

-No se ve lo que es importante...

-Seguro que no...

-Es como una flor. Si la flor que amas se encuentra en una estrella, da alegría mirar el cielo por la noche. Es como si todas las estrellas florecieran.

-Seguramente...

-Como el agua, la que me has dado... Era como una música, ¿recuerdas? Era dulce...

-Seguramente.

-Mirarás por la noche las estrellas. No sabrás exactamente cuál es la mía pues mi casa es demasiado pequeña. Pero será mejor así. Para ti mi estrella será alguna de todas ellas; te agrada mirirlas y todas serán tus amigas. Luego te haré un regalo...

Rió nuevamente.

-¡Ah! ¡Cómo me gusta oír tu risa!

-Precisamente, será mi regalo... será como el agua...

-No comprendo.

-Las estrellas no significan lo mismo para todas las personas. Para algunos viajeros son guías. Para otros no son más que lucecitas, para los sabios son problemas. Para mi hombre de negocios eran oro. Ninguna de esas estrellas habla. En cambio tú..., tendrás estrellas como ninguno ha tenido.

-¿Qué intentas decirme?

-Por las noches tú elevarás la mirada hacia el cielo. Como yo habitaré y reiré en una de ellas, será para ti como si rieran todas las estrellas. Tú poseerás estrellas que saben reír.

Volvió a reír.

-Cuando hayas encontrado consuelo (siempre se encuentra), te alegrarás por haberme conocido. Siempre seremos amigos. Sentirás el deseo de reír conmigo y abrirá tu ventana, así... por placer... y tus amigos se asombrarán al verte reír mientras miras el cielo. Les dirás: "Sí, las estrellas siempre me hacen reír". Tal vez crean que estás loco. Te habré hecho una muy mala jugada...

Volvió a reír:

-Harás de cuenta que en lugar de estrellas te he regalado puñados de cascabelitos que saben reír...

Rió nuevamente. Luego su risa se transformó en seriedad.

-Esta noche... ¿sabes?... no llega.

-Prometo no separarme de ti.

-Va a parecer que sufro... que muero un poco. Es así. No vengas a verlo, no vale la pena...

-No me separaré de ti ni un instante.

Estaba inquieto.

-Te lo sugiero también por la serpiente. Ella no debe morderte... las serpientes son malas, muerden muchas veces por placer...



-Hombrecito..., no me separaré de ti.

Algo pareció tranquilizarlo:

-Aunque... es cierto que no tienen veneno en la segunda mordedura...

Esa noche no lo vi marcharse. Se evadió sigilosamente.

Logré alcanzarlo mientras caminaba decidido y con paso rápido. Me dijo:

-¡Ah! Estás ahí...

Tomó mi mano pero siguió atormentándose:

-No has hecho bien en desobedecerme. Sufrirás. Parecerá que muero pero no será verdad...

Yo permanecía en silencio.

-Comprende que es demasiado lejos. No puedo llevar mi pesado cuerpo allí.

Yo seguía sin hablar.

-Pero será como una vieja corteza abandonada. No son tristes las viejas cortezas, ¿verdad?

-Yo callaba.

Hacía esfuerzo para no descorazonarse:

-¿Sabes?, será agradable. También yo miraré las estrellas. Todas ellas serán pozos con una roldana enmohecida, y todas ellas me darán de beber...

-Yo continuaba en silencio.

-¡Hasta será divertido! Tendrás quinientos millones de cascabeles y otro tanto de fuentes...



Pero también calló, porque lloraba...

-Mira, es allá. Déjame avanzar un paso, solo.

Se sentó porque tenía miedo. Y dijo:

-¿Sabes?... mi flor... soy responsable. ¡Ella es tan débil! ¡Y tan ingenua! Piensa que con esas cuatro espinas insignificantes se protegerá contra el mundo...

Me senté porque ya no me era posible mantenerme de pie.

El principito dijo:

-Bien... es todo...

Vaciló un instante, al cabo del cual se levantó. Dio un paso. Yo estaba casi paralizado.

Pudo verse un relámpago amarillo cerca de su tobillo que lo dejó inmóvil un instante. No gritó. Como cae un árbol, cayó suavemente sobre la arena.

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

XXVII

Han transcurrido ya seis años y es la primera vez que relato esta historia. Los camaradas que me encontraron se alegraron de verme vivo. Estaba muy triste, pero les decía: “Es la fatiga...”



Con el tiempo encontré algo de consuela. Tengo la certeza que regresó a su planeta, pues, al despuntar el día, no hallé su cuerpo. Por las noches me gusta oír las estrellas. Suenan como si fueran millones de cascabeles.

He aquí algo extraordinario. Olvidé agregar la corra de cuero al bozal que dibujé para el principito. No habrá podido colocársela nunca. Me pregunto: “¿Qué habrá sucedido en su planeta? Tal vez el cordero haya devorado a la flor...”

Muchas veces me respondo: “¡Seguramente no! El principito sabe cuidar a su rosa poniéndola todas las noches bajo un globo de vidrio, al tiempo que vigila celosamente a su cordero...” Y así me siento feliz. Y todas las estrellas ríen dulcemente.

Otras veces pienso: “Sería suficiente distraerse tan sólo una noche..., y olvidarse del globo de vidrio..., en ese caso el cordero saldría cuidadosamente a fin de no ser escuchado, y comería la flor durante la noche...” ¡Los cascabeles de pronto se transforman en lágrimas!...

Es realmente un gran misterio. Para vosotros que seguramente amáis también a mi hombrecito, nada en el mundo sigue siendo igual si en algún lugar, no se sabe dónde, un cordero que no conocemos ha comido, sí o no, a una rosa...



-Levantad los ojos al cielo y preguntad: ¿el cordero, sí o no, ha comido a la flor? Y veréis como todo cambia...

Os aseguro que no hallaréis persona grande alguna, que comprenda la importancia que ello tiene, para quienes hemos conocido al principito.

Para mí, es éste al mismo tiempo, el más bello y triste paisaje del mundo. El mismo que el que lo precede, pero lo repito para que lo miréis con atención. Es aquí donde el principito apareció en este planeta y es también aquí donde finalmente desapareció.

Repasad esta imagen como para estar bien seguros que habréis de reconocerlo, si viajáis algún día por el África, en el desierto. Si pasáis por allí os pido: tened la gentileza de esperar; no os apuréis, aguardad unos instantes, exactamente debajo de la estrella. Si veis que un niño se os aproxima, ríe, tiene cabellos color oro, si no responde a vuestras preguntas, ya sabréis de quién se trata. ¡Sed bien gentiles entonces! Escribidme sin vacilar un instante, contadme que el principito ha regresado...

EL PRINCIPITO
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-FIN-



Editorial Digital ↓ Imprenta Nacional

www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA